



LOS
ANTICUARIOS

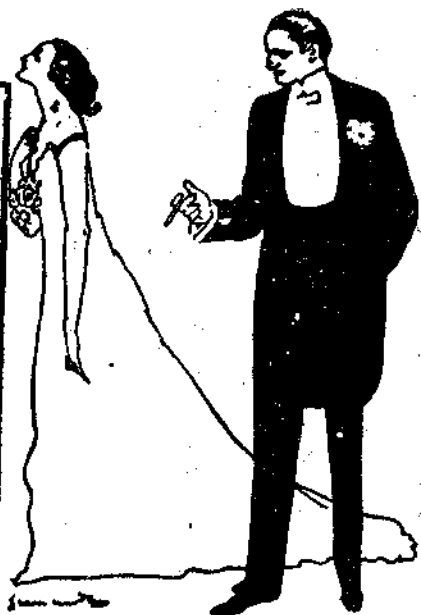
NOVELA

POR

Carmen de Burgos (Colombine)

20 Cts.

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**



--Tú quisieras a un héroe de novela.
Ir siempre de aventura en aventura.
Que te dijeran : ¡ Dulce bien, gacela,
va a causar tu belleza así locura !
Voy viendo que eres tú la que está leía.
Te envanece porque usas **PECA CURA**.
Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,
3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.
Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco.

**ULTIMAS CREACIONES
PRODUCTOS SERIE "IDEAL"**

*Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-
mirable, Matinal, Chipre, Rocío Flor, Rosa,
Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.*
Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-
lo, 13 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarría).—Barcelona

FABRICA DE CORBATAS

**CAMISAS: GUANTES
GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURETID Y ECONOMIA
12, CAPELLANES, 12
PRECIO FIJO**

Obras últimamente

publicadas

DE

**AUGUSTO MARTINEZ
OLMEDILLA**

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.
TEATRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.
EL MAL MENOR, novela, 4 pts.
**PRIMER AMOR, PRIMER DES-
ENGAÑO, novela, 4 pts.**

De venta en las prin-
cipales librerías.

La dirección advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos

MONTANO

Además de los pianos de esta acreditada fabricación, participa al público haber recibido nuevos de **Mö-
nisch**, de Alemania, y otras marcas extranjeras en autopianos.

Calle de San Bernardino, núm. 8, Madrid.



R- 7469-A

LOS ANTICUARIOS (1)

Antes de abrir la tienda era preciso dar un último vistazo a los géneros y ponerse todos de acuerdo acerca del precio de algunos artículos dudosos. Ellos no necesitaban dependientes, se lo arreglaban todo en familia; una familia española que llamaba la atención en el barrio por el número de hijos, y hacía exclamar a más de una madama, mirando a la anticuaria española, rolliza y freescota.

— ¡Oh, los españoles!

Eran ya bien conocidos en el barrio por su posición sólida y por sus excentricidades. Hacía más de diez años que habían ido a establecerse allí, abriendo aquella tiendecita, que poco a poco se había convertido en un lujoso guarda-joyas, de joyas antiguas, auténticas, cuya autenticidad abonaba, no sólo el crédito de que gozaban en el comercio, sino su condición de españoles. Eran de una tierra donde las antigüedades de mérito son comunes, hasta en las casas de los aldeanos, y donde se vendían todas, por raras que fuesen, lo mismo los recuerdos de antepasados que las reliquias de los templos.

Una vez todo listo, el hijo mayor procedió a levantar las persianas de metal que cubrían las puertas; se le dio la última mano a los dos escaparates, verdaderas vitrinas de museo, y la tiendecita, limpia y recompuerta, recibió la caricia del aire húmedo del boulevard, cuyo piso tenía reflejos de cristal empañado. Adelina vino a ocupar su puesto, no detrás, sino delante del mostrador, cerca de la pequeña estufa que caldeaba la tienda, y mientras esperaba la llegada de los parroquianos—que para este ramo no suelen ser muy madrugadores—abrió un cajón de telas y empezó a separar los diversos géneros.

Era Adelina el alma de la tienda y de la casa. De regular estatura, un poquito gruesa, con el cutis muy blanco y el ca-

bello muy blanco. Adelina tenía un semblante dulce, un poco ingenuo, que inspiraba confianza, y un aire señorial y distinguido, un aire de señora que cohibía a los compradores y los obligaba a la cortesía.

Asombraba el caudal de energía que se encerraba en aquel cuerpo de mujer; ya, a aquella hora temprana, las ocho de la mañana, Adelina había estado en el mercado, después de tomar el baño, su desayuno y de hacer detenidamente su toilette. Ya había dejado dispuesto el almuerzo y marcado las ocupaciones de cada uno durante el día. Ahora clasificaba cuidadosamente el lote recién comprado, separando el *filet*, las santuosas mallas hechas en España; los paños con cenefas de hilos sacados, primor de las serranas españolas; y los damascos isabelinos, de los terciopelos picados de los siglos XVI y XVII.

Con la manecita pequeña, carnosa, bien cuidada, que parecía hecha para remover las sedas, las arreglaba con una gracia que tenía algo de maternal, como si al tocarlas acariciase las telas. Era maestra en el arte de conocerlas; tenían las orillas para ella escrita la fecha de la fabricación; la leía de una manera clara aunque se hubiese tratado de falsificarlas; no sólo en las telas teñidas, cuyas orillas toman el color del tinte y son fáciles de conocer si no hasta en esas falsificaciones, de los italianos, expertos en el arte de fabricar antigüedades, que colocan unas varillas cubriendo las orillas, lo que permite teñir la tela conservando las orillas su mismo color. Esta falsificación la distinguían los ojos de mirada perspicaz de Adelina.

Conocía del mismo modo la maceración de los terciopelos negros para tornarlos verdes, haciéndoles ganar así valor y que en vez de venderse a 30 francos el metro costasen de 150 para arriba.

(1) Extracto de la novela de este título.

Todas aquellas telas salían nuevas de las manos peñeñitas de Adelina, que había enseñado a sus hijas el arte de componer y dar apresto a los *filets*, los cuales planchaba ella misma, y de quitar toda clase de manchas. Estaba convencida de que solo por ese cuidado, por esa colaboración con el marido podrían sacar el negocio tan brillante. Su éxito estaba en que sentía amor por las antigüedades que se extasiaba ante los bellos objetos de los siglos XVI y XVII, y que experimentaba un respeto cuasi supersticioso por las que tenían mayor antigüedad, mientras que todo lo que era *bajo de época* o no tenía carácter lo miraba con un desprecio profundo.

Ponía en su comercio tanto amor, tanto entusiasmo, que se lo sabía hacer sentir a los clientes. En ningún otro negocio haría falta ese poder de sugestión para engañar a los compradores, ni existía un campo tan ilimitado para vender por veinte lo que se había comprado por uno. El mundo de los anticuarios, con sus fraudes y sus manías, era un mundo aparte.

El marido le ayudaba a las mil maravillas; nadie de tanta experiencia como Fabián para conocer los objetos y las épocas; era un *experto* al que recurrían todos los anticuarios, y cuya opinión daba fe en juicio; nadie como él para hacer las compras y para aturdir en las ventas, pero no lo podía dejar solo, padecía una manía que le hacía exagerarlo todo, de manera que sin la mirada de doña Adelina, especie de serreta que contenía sus inapetuosidades, lo hubiese echado todo a perder.

Dueña absoluta, general en jefe de su pequeño ejército de anticuarios—porque allí todos eran anticuarios, y hasta la niña de pecho rechazaba los juguetes modernos.—Adelina lo hacía todo sin perder jamás la sonrisa y la alegría. A pesar de las tempestades que de vez en cuando armaba el marido, para el que tenía una paciencia asombrosa, era una mujer feliz, estaba encantada de su comercio, la adoraban los hijos, sentía el mimo de su pequeña sociedad...

Así, todas las noches, cuando caía rendida de la brega del día en su mullida cama Luis XV y se arrebujaba en la colcha de auténtico damasco antiguo, no se le ocurría pensar en sus fatigas ni en los cuidados que a veces la agobiaban para el día siguiente, con el pago de jornales o el vencimiento de una letra.

Confiaba en que había de surgir un recurso, y esperando el momento se entregaba en los brazos del descanso, saboreándolo como no podían saborearlo las personas que no llegan a él a través de aquella selva de cuidados. Devolvía el beso a los hijos según iban entrando a darle las buenas noches, abrazaba a su madre, siempre con la pequeña melena en brazos, y sin hacer caso del marido, que ya roncaba a su lado con la espalda vuelta, estiraba con deleite su cuerpo, fresco, blanco y suave, su carne cuidada, que a pesar de sus cuarenta años y de sus ocho hijos, conservaba morbideces in-

citantes, y descansaba satisfecha sintiendo la acariciante voluptuosidad de la holanda.

Había sido Adelina la que empezó aquel negocio en Madrid cuando su esposo Fabián era un modesto empleado del Ministerio de Hacienda, lleno de orgullo y de hijos, aunque con poco dinero para alimentar al uno y a los otros.

Adelina emprendió el negocio de antigüedades en pequeña escala, solo por ayudarse, comprando algunos objetos, que llevaba a revender al domicilio de los aficionados, no sin la protesta de su marido, el cual no hablaba bien que la señora de Las Navas y Marchamalo tuviese tan humilde empleo.

Porque el flaco de don Fabián de Las Navas y Marchamalo era la vanidad; hijo de una provincia del Sur había venido a Madrid muy joven a casa de un hermano de su madre, que se había casado con la hija de un político, una solterona insoportable, cuyo padre en agradecimiento de haberle quitado la carga, premió al yerno con una zenadería.

Fabiánito era el niño mimado de su tío, Chico despejado, listo; hacía en cada año dos de la carrera de leyes y era un pollete vivaz, dicharachero, lleno de todas las frivolidades y las gracias de salón que deslumbraban a las señoritas de su provincia, y despertaban el odio de los jóvenes, los cuales le llamaban, para vengarse, *el Marqués de los forros nuevos*; alusión a la vanidad con que enseñaba los lucientes forros de seda de sus abrigos y americanas.

Su tía, la esposa de don Andrés de Marchamalo, quiso contribuir a la felicidad de su sobrino, haciendo que participase de las delicias de un hogar como el suyo, y arregló la boda con la segundona de una familia linajuda a la cual se unió Fabián sin conocerla apenas, y sin haber casi hablado con ella porque las veces que se vieran, la señorita de Zaragüeta, estuvo siempre con los ojos bajos, ruborizada, pronunciando escasas palabras, con un ganguero moñil.

Por fortuna Fabián no renunció a su destino. Estaba en el último año de su carrera de abogado cuando murió don Andrés de una apoplejía, que suele ser muerte de senador; y desde entonces se acentuó de día en día el malestar de su casa. Clarita Zaragüeta no tenía ningún atractivo de mujer, porque ella se empeñaba en borrarlos todos. La pobre cumplía con la repugnancia de una monja sus deberes matrimoniales. Se asustaba de cualquier vehemencia o caricia de Fabián, que le parecía pecaminosa. Una voz de éste, un portazo, algo fuerte le hacían estremecerse y llorar hasta sufrir un ataque de nervios.

Murió Clarita a los ocho meses de casados, de una *indigestión de santidad*,—según decía Fabián a sus íntimos—o a consecuencia de no poder resistir la falta de distinción de su marido, como aseguraban los parientes de ella.

El caso fué que Clarita murió y que Fabián se encontró libre y sin un céntimo. Su tía no quería que le hablasen de un hombre que tan mal se había portado con su pobre esposa. Aquel destino tan desdichado era su único medio de vida; pero antes de verse obligado a ir a la oficina en Madrid y estar a las órdenes de jefes a los que había tratado como inferiores, pidió el traslado a una provincia, y fué a dar con sus huesos a Cartagena.

Allí se enamoró de Adelina, huérfana de un Capitán de la Guardia Civil. La joven se había criado en el cuartel, y aunque no era tan *militara* como su madre, tenía una arrogancia marcial; y una decisión masculina, que contrastaban con la triste pasividad de la difunta.

Fabián pensó que casándose no tendría dinero pero tendría alegría. Adelina reía siempre, cantaba, tenía los ojos brillantes y los labios húmedos, con una expresión de contento. Se casaron, y en verdad, que a no ser por la mala condición de cadañera que sacó la muchacha, no tenía por qué arrepentirse.

Cada año daba a luz un chico Adelina, o mejor dicho una chica, porque sólo el primero fué varón. Siguiéron cinco niñas; y como estaba cada día más fresca, más fuerte y más alegre, no se sabía a cuántos podría llegar.

Era tan hacendosa que trabajaba como si jugase, con la alegría en los ojos y el canto en los labios. Lavaba, planchaba, cosía, guisaba... y le ahorra tiempo para irse los domingos al café o al teatro y halagar al paladar de Fabián con alguna golosina o algún vino de su gusto un par de veces entre semana.

Hija fué de aquel sobrarle tiempo para todo, la idea de salir a vender las antigüedades de una vecina suya, que las compraba de primera mano y se las llevaba a los anticuarios. No tardó en tomar el gusto a aquel negocio. Sacaba de las casas de antigüedades, que se las confiaban, los objetos, e iba con ellos a casa de personas aficionadas. Con la comisión de venta y el precio que podía sacar sobre la tasa, tenía ganancias pingües.

Al principio protestó Fabián. Su orgullo se rebelaba contra aquel empleo de su esposa; pero cuando llegó el balance de fin de mes y en vez del *deficit* a que estaba acostumbrado quedó un *superávit* de unos cientos de pesetas, empezó a mostrarse más transigente. Lo cogía el demonio por el lado de la comodidad. Seguía refunfuñando, por no dar el brazo a torcer, y amargando la alegría de Adelina, comparándola con esas vendedoras de ropas usadas, que van por los escenarios y por las casas de las burguesas, que desean figurar con poco dinero y compran los trajes de deshecho de las elegantes, esos vestidos que siempre tienen historia y son de la esposa del Banquero que ha caído de luto; de la Marquesa o de la Duquesa, que no se los ha puesto; y hasta proceden de Palacio. Todos aquellos embustes de las prenderas y algunos más había aprendido Adelina. Llevaba siempre los objetos predilectos de los coleccionistas, y se daba

tal maña para sacar partido, que a un aficionado a cajas antiguas, le vendía viejas cajas de polvos de los dientes, que habían costado a una cincuenta, por cuarenta pesetas, con solo cambiar el esmo y meterlas en estiércol, a fin de que la porcelana se resquebrajase. Las gallinitas de Manises sin cabeza y con la barriga de yeso, y las perfiles de Alcora alcanzaban en manos de la experta anticuaría precios fabulosos. Tenía el don de la simpatía y de la persuasión, y a cualquier Talavera moderno sabía hacerlo pasar por antiguo, con el procedimiento de enterrarlo en estiércol humano y regarlo con vinagre varios días. Así, aunque se escarvase en los desconchados que hacían en la vasija no aparecía la blancura de la pasta nueva. Nadie como ella para sugerir y hacer creer a los compradores que los tapices de Cuenca eran tapices persas legítimos, valiéndose de la semejanza. Tan grandes ganancias aficionaron a Fabián, que empezó a tratar anticuarios, y con su talento penetrante, no exento de travesura y malicia, comprendió bien pronto todos los trucos que ellos querían ocultarle.

Inmediatamente, aprovechando un tras-paso de una tienda de la calle del Barquillo, abrieron su establecimiento y empezaron sus compras.

Por un momento sintieron ese pánico que causa el pensar que las antigüedades tienen que acabarse después de tantos años de especular sobre ellas, a pesar de las *Fábricas de Antigüedades* que funcionan en todas partes.

Sin embargo no les faltaron cosas antiguas. Era España abundante en antigüedades, no obstante la continua búsqueda de anticuarios, aficionados y extranjeros. En todas las familias se conservaban cosas de los bisabuelos, que la necesidad obligaba a vender. Llegaban jarrones de pasta blanca del Retiro, que ellos fingían desdenar y compraban por unas cuantas pesetas, cuando estaban seguros de venderlas por muchos cientos.

De vez en cuando venían anticuarios extranjeros, que a pesar de tener ya sus correspondientes en Madrid, visitaban todas las tiendas y compraban en grandes saldos los objetos.

Una noche se comentó esto en la tertulia que se reunía en la trastienda, presidida por Adelina.

—Mucho deben ganar—dijo ella—cuando hacen el viaje y sufrizan gastos de transporte y de Aduanas. Seguramente que no tenemos idea de a cómo se pagan estas cosas en el extranjero.

* * *

Comenzó Adelina sus viajes a París. Un gran talento natural la guió en el intrincado laberinto del negocio, y en vez de valerse de corredores trató con los anticuarios de fama, con las casas serias y fuertes que comprendieron el poderoso auxiliar que podían tener en ella. Con su gran intuición,

parecía olfatear a los aficionados, para ir directamente a ellos y sacar el mejor partido de sus lotes.

Además se había hecho de amigos en la frontera, pasaba una gran parte del género sin tenerlo que declarar, y en cuanto llegaba a París lo tenía todo vendido a fabulosos precios.

—Tú debías enviarme género y dejarme en París—le decía Adelina a su marido.

Pero Fabián se sentía celoso.

—No quiero que te separes de mí;—le decía—este será tu último viaje.

—¿Crees tú que yo no deseo la tranquilidad y el ambiente acogedor de nuestro Madrid,—no hay otro Madrid en el mundo—. ¿Te crees que no sufro de estar lejos de tí? Pero en pocos años podemos hacer un capitalito decente..., y ya ves cómo lo necesitamos, con tantos hijos y los gastos mayores cada vez... Es preciso cuidar de la vejez, sobre todo para un hombre de tu alcurnia, que no puede hacer ciertas cosas.

Este último argumento era supremo para Fabián. El hablaba siempre de sus ilustres antepasados, de sus nobles amigos, de los honores de su familia. Su tío, el senador, su antiguo protector, era un Dios en su recuerdo; a veces solía presentarse como hijo suyo, cambiando en las tarjetas el apellido para resultar "Marchamalo de las Navas" o "N de Marchamalo".

Dejaba a su mujer emprender un nuevo viaje, pero con la condición del pronto regreso. Iba a esperarla a la estación y la miraba con ojos celosos, como si tratase de adivinar por alguna turbación que Adelina no era ya la misma.

Pero no podía nunca hallar motivos que confirmasen sus celos. Adelina venía tan serena, tan risueña, tan despreocupada de historias y misterios como de costumbre. Siempre se echaba en sus brazos en la misma estación, y le daba dos besos grandes, tan llenos de besos contenidos dentro de ellos, que le quitaban toda sospecha. Después, en su casa, veía cómo Adelina respiraba a gusto aquel olor mohoso del tiempo, cómo se sentía contenta y feliz de hallarse otra vez allí. Le preguntaba por los niños, por su madre, por sus hermanos, se enteraba de todo, y luego a su vez le rendía cuentas con una admirable claridad, que lo convenía. Bien es verdad que Adelina, en medio de la claridad de sus cuentas hallaba medios de sisarle muchos miles de pesetas "para las cosillas de mujeres, y para no tenerle que pedir si alguno de los niños necesita algo"—decía.

Fabián perdía la cabeza ante aquellas fabulosas ganancias de su mujer. ¡Pero era posible que vendiese a cincuenta francos aquellos filets que pagaban a dos pesetas!... ¡y damascos isabelinos comprados por casi nada a cien pesetas metro!... ¡y aquel viejo reloj de pared, dos mil francos, cuando había pagado cinco duros!

¡Aquel negocio era maravilloso, más lucrativo que todo comercio, que toda industria, y hasta más que la usura! Se podían ganar miles por ciento.

Cuando se reunía género suficiente y nadie entraba a comprar, empezaba Fabián a ponerse de mal humor. Con aquella vanidad suya, que le hacía querer ser el primero en todas partes, sufría de que se le escapasen los mejores objetos por falta de dinero y fuesen a parar a otro anticuario.

En aquellos momentos era cuando Adelina hablaba de emprender un nuevo viaje y él no se atrevía a oponerse, porque era preciso no dejar en el camino emprendido, empujada ya su vanidad delante de los otros anticuarios.

Algunas veces la acompañaba, pero tenía que volver a Madrid para atender a la tienda y para hacer compras. Entonces sentía despertarse, para hacerle sufrir, todo su temperamento español, que se revelaba contra el que las mujeres tuviesen que trabajar. Excitado se revolvió colérico contra su esposa, escribiéndole cartas que empezaban llenas de insultos y acababan pidiéndole perdón, con rendidas frases de cariño.

Una vez, colérico por un largo silencio de ella, le expidió un telegrama que puso en conmoción al comisario de Policía del distrito de París donde vivía Adelina: Decía: "Tres días sin carta, voy y corto pescuezo".

Pero Adelina no se alteraba por esto, y siempre contestaba sus cartas con el mismo tono confiado, dulce y cariñoso, que devolvía la tranquilidad al atribulado y celoso Fabián.

Y no era ciertamente porque le faltaran pretendientes a Adelina. Más de un francés suspiraba por los encantos plenos, matroniles y frescos de la anticuaria; pero ella tenía ese hermoso temperamento casto por naturaleza de las españolas, anverso de la fama de apasionadas y fogosas, y se reía de todos sin darles importancia. Siempre con el recuerdo de los suyos y la preocupación del negocio, Adelina no se cuidaba de otra cosa. Se burlaba de todo pretendiente, y solía decir:

—Yo no podría querer a un hombre que no fuese español; estos extranjeros son sólo buenos para sacarles el dinero con mis antigüedades e ir a comérselo luego a España tranquilamente con mi Fabián.

Sin embargo, cada vez sentía menos gana de ir a España; se acostumbraba a la vida de París, le hubiera gustado establecerse allí para siempre, en la seguridad de ganar una fortuna; ya tenían todos los elementos que les hacían falta, la cuestión era decidirse, perder el miedo. El secreto estaba en saber comprar. ¡Si hubiera mucho que comprar! Se centuplicaba el dinero.

—Es preciso ampliar nuestro negocio, y vivir en París—le dijo a su marido—. Si no viviéramos en España se harían bonitos negocios, sin fijarse en minucias. Hay que ver cómo los anticuarios domiciliados allí se llevan de España todo cuanto les da la gana... He visto iglesias enteras en casa de Hugnet y en casa de Robles, con retablos y todo... El año pasado tenían las paredes y las columnas de un patio de Toledo... Si es de ropas no hay que hablar... Asombra que hubiese tantas casullas y albas en España... Parece que todo el mundo debía de andar vestido de

cura... ¡Y los cuadros! No queda uno auténtico... He visto uno de Leonardo que había en la Catedral de Burgos.

—No digas tonterías, mujer, y el que existe allí, ¿de quién es?

—De cualquier pintamonas. Como está detrás del enrejado no se ve bien..., y la verdad es que para tenerlos así, lo mismo es una cosa que otra. Indigna ver cómo tienen en las iglesias las obras de arte. Yo creo que si no fuera porque pagan por verlas, ya las habrían echado fuera a todas.

—Yo creo que exageras.

—Pero no ves tú mismo cómo nos venden hasta las reliquias de los santos.

—Eso es una cosa antipatriótica, Adelina; siento vergüenza, ¿qué diría mi tío el Senador don Andrés de Marchamalo si levantara la cabeza y me viera así convertido en anticuario? ¿Qué diría Silvela?, ¿qué diría...?

—Pues te advierto, que—digeran lo que les diera la gana—los que se dedican a las compras esas, de cosas importantes, grandes negocios un poquito peligrosos, llenos de misterio y de secreto, son los que ganan. Nosotros no somos más que *traperos distinguidos*.

* * *

Al fin, animado por su mujer, Fabián empezó a efectuar aquellas compras arriesgadas en las que no había realmente peligro de un mal paso, porque quedaba resguardada su responsabilidad por la que alcanzaba a los vendedores que eran siempre un administrador, un párroco y a veces un obispo, que consideraban las antigüedades como un lujo inútil, con cuyo importe se podían remediar necesidades urgentes.

Decían que era una necesidad eso de conservar el tesoro artístico de España, y no era cosa de que los condenaran a morir de hambre mirando sus alhajas inútiles. El Gobierno debía comprar por su valor y llevarse a los museos lo que no quisiera que saliese de la nación, pero ellos tenían el derecho de vender lo suyo.

Aquel día, sin arredrarse por el calor, habían hecho su viaje a Toledo, y al llegar a la plaza de Zocodover, donde paran los coches de la estación—especie de armatostes de tablas mal unidas, semejantes a botas de sardinas, los cuales habían proporcionado a Fabián ocasión de no pocos chistes y dicharachos, entre el infernal estruendo de su traquetco—encontraron esperando al agente que tenían en la provincia, y merced al cual habían hecho un ventajoso contrato para acaparar los trabajos de malla, deshildas y encajes, de los pueblecillos del contorno y de la serranía.

—Buenos días, don Fabián... Doña Adelaida, ¿cómo va de salud?

—No vamos mal, no vamos mal—exclamó don Fabián, quitándose el sombrero para limpiarse el sudor de la calva y del mofetudo y coloradote semblante; porque Fabián había perdido con los años su esbeltez

de muchacho; sus visos juveniles y su porte aristocrático, convirtiéndose en un orondo burgués—. Pero lo primero es buscar en dónde meternos, porque en esta plaza de Zocodover cae un solecito capaz de derretirle la sesera al mismo Almanzor.

—¿Si quieren una fonda?—dijo el corredor.

—¿Cuál es el mejor hotel?—preguntó el anticuario.

—El *Castilla* es el más caro—respondió el hombre, juzgando que lo más caro sería lo mejor.

—Vamos allá.

La comida fue opípara, había corrido el champagne, y Fabián recordó, a propósito de los espárragos, que le gustaban mucho a su amigo Pepe Canalejas y que la Duquesa de Nipor le pedía que no faltasen en el menú siempre que comía con ellos. Poco a poco el corredor, incitado por los agasajos, fue soltando sus secretos.

Había un convento que quería vender algunas cosillas. El Cardenal tenía unas mesas florentinas de mosaico en piedras duras, regalo de Carlos III cuando vino de Nápoles, y quería deshacerse de ellas, pero muy en secreto, porque en cuanto se vendía algo en seguida se echaban encima todos los periódicos, como aconteció cuando vendieron aquellos cuadros del Greco que había en la capilla de San José. ¡Como si a ellos les importase algo! Sabía también de un señor que vendía unas lacas preciosas; había un antiguo patio de un palacio, enfrente de la Diputación, que ahora estaba convertido en cabrería, y que tenía unos azulejos que se podrían conseguir.

Fabián se puso contento con aquella perspectiva y, con gran sorpresa de las gentes que había en el comedor, empezó a cantar, dándole un gesto pícaro a sus rostro gordiflón y haciendo girar en redondo sus pupilas:

“Soy argentina, che...”

A Buenos Aires me voy...

Allí la reina de las... flores soy.”

Y de pronto, cambiando de tono:

“Al ladrón del Presidente

le falta un diente.

¡Jests, qué horror!”

Tenía tanta *bohómie* de hombre gordo, que, a pesar de su procacidad, toda la gente rompió a reír. Los camareros y el dueño empezaban a mirarlo con ese respeto que las personas que se conducen con grosería conquistan en los hoteles.

Empezó a declamar versos que él mismo había compuesto:

“El rey don Juan primero de Castilla
se quedó dormido en una silla,
y su primo el Doliente
se durmió tristemente...”

Salió cantando, contento de haber conseguido el efecto de opulencia sin haber gastado, seguido de su mujer y del agente.

* * *

Adelina se dirigió sola con un criado al convento. Conocía bien lo que era preciso hacer y estaba segura de sacar más partido que yendo acompañada, y con el trabajo de tener que enmendar las faltas de su marido, que escandalizaban a las monjitas.

Repiqueó el aldabón sobre la puerta claveteada, abierta en aquella tapia gris, y acudió el portero, recadero y hortelano a un tiempo mismo. Era un hombrecillo saturado de cera pajiza, de pavesa, de pábilo de lamparillas, porque tenía el aspecto de un cirio con chorreones, con aquel color desigual, terroso en las mejillas y rojizo en la nariz, y la figura, débil y achaparrada.

—Me envía don Ambrosio Suárez—dijo ella—; me ha dicho que si usted me introduce, las hermanitas podrán venderme alguna cosa antigua..., y usted no lo perderá tampoco...

Mientras hablaba jugaba significativamente con bolsillo de piel.

Pero el hombrecillo no miraba el bolsillo. Clavaba los ojos en el descote blanco y firme de la anticuaría, que lucía entre los encajes del velito que se había puesto hipócritamente para ir a aquel lugar.

—Don Ambrosio es un buen cristiano—respondió tartamudeando—. Venga usted.

Siguió detrás del hombrecillo, que, con pretexto de guiarla, procuraba acercarse a ella en las puertas, le tocaba los brazos o le daba la mano con un deleite enfermizo. Adelina tenía ya cierto miedo en poder de aquel sátiro por los pasillos oscuros, cuando se vio sola ante el locutorio. Al cabo de un rato apareció detrás de la celosía el bruto de una monja.

—Ave María Purísima—dijo Adelina con la voz opaca del que ha estado mucho rato sin hablar.

—Sin Pecado Concebida Santísima—repuso una voz nasal, algo de voz de máscara, que quita la personalidad e iguala todas las voces de monjas.

—¿Cómo está la Reverenda Madre?—preguntó la anticuaría, que ya se había aprendido el ritual.

—Bien, gracias a Dios.

—¿Y cómo está la Santa Comunidad?

—Bien, gracias a Dios.

—Y la madre Sacristana, ¿está bien?

—Gracias a Dios.

—A Dios sean dadas.

—Amén. ¿En qué puedo servirle?

—¿Quería saber si la Comunidad tendría alguna cosita vieja que venderme?

—Hace poco que ha pasado un anticuario, y le hemos dado varias cosas. No sé fijo, pero no creo que haya nada.

—Ande, Madre, búsqueme alguna cosita. Soy una pobre que se gana penosamente la vida para dar de comer a sus hijitos... Harán una obra de caridad, Madre...

—Hermana, hija, hermana.

—Ustedes siempre tienen algo, hermanita...

—¿Quién le ha dicho que viniera aquí?

—Ha sido don Ambrosio Suárez.

—Es una persona muy piadosa...; cuando él la recomienda...; ¿le dió algo?...

—Esta tarjeta...

La monja pasó una paleta por la abertura

del locutorio y recogió la cartulina, a la que arrojó una rápida mirada de sus ojos acostumbreados a la oscuridad.

—Voy a avisar a nuestra Reverenda Madre y a la madre Sacristana—dijo la monja, ya ganada por la suavidad de Adelina.

Desapareció y, al cabo de algún tiempo apareció por una puertecita, al lado del locutorio. La abrió y dijo a la anticuaría:

—Puede usted entrar.

Adelina se encontró entre una docena de monjas y novicias, vestidas las primeras con sus trajes grises y sus mantos negros, y las segundas, con los toscos velos blancos de estameña.

Estaban de pie, alineadas, con las manos metidas en las mangas, de modo que se unía el comienzo de los dos brazos, y tomaban un aire de muñecas de trapo.

Volvieron las preguntas y los saludos. Al fin, después de mucho rogar y de invocar el nombre de don Ambrosio, la sacristana y dos monjitas fueron a buscar, para ver si hallaban alguna cosa.

Al cabo de un rato de conversación embarazosa, que Adelina llevó hábilmente hacia la belleza religiosa de Toledo, volvieron las tres monjas.

Aquí está lo que hemos encontrado: unos encajitos de filigrana de oro.

—Esto vale poco.

—Son muy antiguos...; yo no entiendo, pero dicen que es gótico; un anticuario nos lo quería comprar, pero entonces estaban puestos en el vestido de la Virgen..., antes de que le regalaran el nuevo..., y nuestra Reverenda Madre no quiso.

—Comprenda la Madre que, de tener el valor que dice, ya hubiera vuelto el anticuario.

—¿Y qué daría por ellos? Son más de dos metros.

—Diga lo que quiere la Madre.

—Eso usted verá; nos fiamos en que no va a engañar a unas siervas de Dios.

—La verdad es que esto... Si hubiese otra cosita.

—¿Hay algo más, Madre Dulce Nombre?—preguntó la Reverenda a la Sacristana.

—En el altar de San Antonio hay unas porcelanas.

—Trálgalas—exclamó la Reverenda; y dando un suspiro, añadió—: ¡Está el bacalao tan caro!; ¡Hay que comprar un cerdito, con perdón! Crea, hermana, que a no ser por esto, no se desharía la Comunidad de ninguna prenda.

Apareció la sacristana sacudiéndole el polvo a dos porcelanas. La anticuaría las tomó con indiferencia, aunque vio la marca; las dos espadas cruzadas de la Sajonia y la O. P. de Marsella.

—Son Bajas de época.

Pareció tener una inspiración la Madre.

—¿Y el Niño de madera?

Hubo un movimiento de emoción entre las novicias.

—¡Madre!—exclamaron algunas, sin poderse contener.

Pero una monja había desaparecido, y volvía con un niño de talla, del tamaño de un

chico de cuatro a seis años, grotesco, pintado, con el cabello dorado a fuego.

No era un Jesús; era un muñeco con gesto de chiquelo travieso.

La anticuaria no entendía de tallas; eso era del dominio de Fabián; pero ducha en telas, notó el vestido de terciopelo picado del siglo XVI que cubría al niño. Sin embargo, se hizo la desdenosa.

—Daría cuatro duros por todo—dijo.

—¡Pero, hermana!

—Si esto vale, poco, Madre. Está todo esquilado. ¡Qué más quisiera yo que hallar cosas buenas! Pero esto es lo que no han querido los otros anticuarios que han pasado por aquí.

Se ofendió la Sacristana.

—¡Vaya una idea; aquí no hemos enseñado nada de esto a los anticuarios, y...!

Atajó la Reverenda, que no gustaba de que se deshiciera el negocio.

—Suba un poquito más, hija.

—Si no se puede, Madre..., en conciencia...; bien sabe Dios Nuestro Señor que sólo quiero sacar un pedazo de pan para mis hijos... yendo de aquí para allá... Les doy un duro por los encajes, otro por cada porcelana y un duro por el niño.

—¡No lo venda, Madre!—se atrevió a decir una novicia—. ¡Lo vamos a sentir mucho! ¡Jugábamnos con él en las horas de recreo!

—Y le costamos los vestiditos—dijo otra.

La Reverenda les dirigió una mirada severa.

—Ya tendremos otro. Le quitaremos el vestidito para el Jesús de la capilla.

—¿Y lo van a dejar salir de casa desnudito?—dijo la anticuaria.

—Tiene ropa interior.

—Pero es una cosa fea salir en camisa.

—Si usted diera algo más.

—Me lo llevo sólo para que jueguen mis hijos. No tiene carácter.

—Cinco duros, y no hablemos más—intervino la Sacristana—; nosotras también somos pobres; la piedad falta; el mundo está mal para todos.

Invitaron a Adelina para que las acompañase a la sacristía. Pasaron un largo corredor embovedado, con esos muros tan gruesos que sugieren ideas de puertas secretas o de pantones disimulados. En la sacristía había aquel olor mohoso que deleitaba a la anticuaria, un olor húmedo, que no procedía de la humedad, sino del tiempo.

Miraba con envidia las hermosas cómodas de nogal y de caoba adosadas a las paredes desnudas, enclavadas y ya desconchadas y amarillentas.

La Sacristana empezó a abrir cajones y a sacar aquellas ropas preciosas, todas de seda y oro, cuidadosamente envueltas en paños blancos. Las iba llevando a la gran mesa situada en medio de la estancia y desdoblándolas con amor. Se había transcurrido la viejecilla, de piel rubia, macilenta y encorvada. Dominaba el temblor periótico de las manos para desenvolver los mantos de las imágenes, las casullas, los corporales riquísimos.

Las demás no osaban ayudarle, como si sus manos profanas de mujer no debieran llegar a

las cosas santas. La madre Dulce Nombre era como un sacerdote y tenía algo de oficiante.

—Treinta años que todo está a mi cuidado—repetía con un sentimiento de orgullo mal encubierto ante la excelente conservación de su tesoro.

Hacía notar el trabajo de aquellos bordados en oro sobre tisús de plata de los mantos.

—Ya no hay quién haga esto—afirmaba, mostrando los complicados dibujos recargados que cubrían los fondos en una orgía de oro de diferentes intensidades y matices que brillaban con una lucidez admirable.

Las monjas miraban y admiraban, repitiendo siempre las mismas palabras:

—¡Qué bonito!

—¡Qué lindo!

Y la Sacristana, embriagada con el aplauso, como los actores que repiten el número, seguía abriendo cajones y sacando, luciendo su abundancia de ropas sagradas, tan envanecida como una coqueta que se pusiera las mejores galas para ir al baile.

Era un coro de alabanzas a la antigüedad.

—Ya no hay telas como éstas.

—Ni se hacen estos bordados.

Llegó el turno a los vestiditos del Niño Jesús. De la enorme caja salían trajecitos, todos de un mismo tamaño y de idéntico corte, en una progresión de lujo. Los había con fondo azul y con fondo blanco o encarnado.

—Estas son fantasmas para que brille el oro y adornar al niño, en cuanto a imagen—decía la Sacristana—; porque en cuanto a Jesús, tiene que ser siempre blanco, con plata o con oro.

En la parte baja de un armario había tapices enrollados.

—¿Son españoles?—preguntó Adelina, que encontraba más fácil comprar las cosas que no se relacionaban tan directamente con los santos.

—Nos han dicho que son persas—dijo la Madre—, y que tienen gran valor. Cuando la reina María Luisa vino a Toledo tomó aquí la comunión, y se tendieron al pie del altar para que se arrodillase con sus damas, y dijeron que eran una maravilla, que valían mucho.

La Sacristana iba desenrollando en el suelo, con cierto respeto, aquel tapiz donde se había arrodillado una reina.

Adelina no quiso contradecir.

—Sí, sí—decía—, debe haber valido mucho; pero ahora está muy estropeado..., ya no se puede poner en ninguna parte...

Al ver la poca importancia que daba al tapiz la anticuaria, las monjas se desanimaron.

—Si lo quiere... Aquí se va a acabar de perder, y es lástima—dijo la Reverenda.

—Lo llevaría por servirias; siempre puede ser útil para mi casa... para tapar los ladrillos en los días fríos y que no cojan humedad las criaturas.

La Sacristana desconfiaba.

—Pero, Madre, es un recuerdo de la reina. Adelina se apresuró a ofrecer cincuenta pesetas.

La monja vacilaba.

—Daré setenta y cinco, por servirias, si quieren; no se puede dar más.

Al fin se cerró el trato de todo en seisenta...

tas pesetas. Estaban todas contentas. Las monjas creían haber engañado a la anticuaria, y le ofrecieron como descargo de su conciencia, una jarra de chocolate, elaborado en el convento a brazo, y unas tortas y bollos de los que tenían para cuando iban los Padres, y que dejaban en mantillas a las dulcerías de la ilustre parentela de Sánchez.

En cambio, Adelina estaba segura de haber hecho un buen negocio; sacó dos duros y los entregó a la Sacristana, diciendo:

—Dos duros para que digan unas misas a mi intención.

—Dios se lo pague—repuso la religiosa.

La despedida fué cordial. Adelina salió, después de haber hecho que diesen el enorme bulto de las compras al hombre que la había acompañado. A la cordialidad de la Sacristana debió el no tener que ir sola con el portero, que esperaba su salida en el locutorio. Aquella noche, Adelina y Fabián, solos en su cuarto, sin corsé ella, en mangas de camisa él, sentados en dos mecedoras junto al balcón abierto, disfrutaban del fresco y del reposo, después del cansancio del día.

La vega aparecía a lo lejos iluminada por la luna, partida por la curva de plata que marcaba el río, como su fuese el foso de toda la ciudad. Estaban contentos de sus compras.

—¿Tú sabes lo que has traído aquí—repetía Fabián—. Esta porcelana es legítima de Sajonia... y de pasta blanda... No cabe dudar... Mira la marca... Vale diez mil pesetas... Esta otra es de Marsella...; un par de cientos de pesetas se pueden sacar... Y esta filigrana... el vestido... ese relicario, las cortinas... los encajes... el tapiz persa. Increíble! Vale veinte mil francos, dándolo tirado. Te has ganado cuarenta mil pesetas... Sin contar el niño, que es una maravilla de talla, y que puede valer mucho.

—Si vieras cómo lo han sentido las novicias... ¡Pobrecitas! Me daban ganas de dejárselo—dijo Adelina, que estaba quitando las ropitas al muñeco con un gesto materno, como si fuera una criatura a la que iba a acostar.

—Buena la hubieras hecho!

De pronto, la anticuaria dió una carcajada y dijo:

—Mira, Fabián; para tenerlo en un convento de monjas.

Pero él seguía absorto en su tasación de valores, y contestó distraído:

—Realismo... realismo puro... como el Jesús del Gran Poder, de Montañés, que hay en Sevilla... Es una hermosa talla.

Y en su alegría empezó a tararear, sin respeto a las que ya dormían:

“Soy argentina, che.”

Mandaron disponer un coche para ir al Cigarral, donde estaba el canónigo depositario de la confianza de su ilustrísima.

El coche tuvo que ir dando vueltas para hallar paso por aquellas callejuelas de Tole-

do, por la mayoría de las cuales no podía pasar, hasta salir al puente San Martín y tomar el camino del campo, en dirección contraria a la vega, bordeando el río para pasar cerca de los molinos, con su voluptuoso olor de harina caliente y trigo candela.

—Amigo don Ambrosio, voy a tener la confianza de hacerle a usted la revelación de un gran secreto.

—Yo, don Fabián...—balbuceó el hombre, entre curioso y temeroso de la responsabilidad que un gran secreto entraña.

—Sí, usted, amigo mío, va a saber lo que no sabe casi nadie de los que me rodean, lo que hace muchos años no ha salido de mi boca.

—Pero...

—Yo no soy yo, amigo mío, o, mejor dicho, yo no soy lo que parezco.

—¡Fabián!—atajó Adelina, temerosa de algún gran disparate.

—Sí—continuó él—, este modesto anticuario que usted ve aquí, corriendo por estos vericuetos para ganarse unas tristes pesetas, es nada menos que don Fabián de las Navas y Marchamaio, duque de Olivenza, conde de Triana y barón de Paracuellos, acompañado de la excelentísima señora doña Adelina García, duquesa, condesa y baronesa.

—Fabián, por Dios—exclamó ella ruborizada.

—Es preciso hacer valer alguna vez quién es uno—siguió él.

—Señor...

—Para usted soy siempre el mismo, amigo don Ambrosio, un camarada, nada más. Hubo un momento de silencio, y Fabián continuó:

—Vicisitudes de la vida, amigo mío, acaban con la fortuna de mis antepasados, aunque no pudieran acabar con nuestra nobleza y privilegios, porque mi título de duque, dado por Godoy, tiene grandezza de España de primera clase, y soy, además, caballero cubierto, gentilhombre con ejercicio de casa y boca... Tengo cruces a centenares... Pero no tengo dinero, don Ambrosio, el vil dinero.

El corredor creía estar soñando, al ver a su cliente convertido así en un personaje en medio de aquel camino pintoresco, y sus ojos iban de Fabián a Adelina—que no se atrevía a levantar los suyos—y de Adelina a Fabián.

—Un título sin dinero es una de las cargas más pesadas. No se puede hacer el papel que a uno le corresponde por su alcurnia, se ve apabullado por los nobles de nuevo cuño, por los advenedizos... Mi padre lo había vendido todo... No me quedaba nada de nuestro patrimonio... Yo he tenido mucho orgullo para querer admitir nada de mis nobles parientes... Yo estoy emparentado hasta con la casa real... Descendemos de doña Urraca y del Cid, por la línea recta de Wamba y Godofredo el Velloso, y más posteriormente, del Duque de las Victorias... Yo podía haber vivido sin trabajar...; pero no es ese mi carácter; oculté mis títulos, mi abolengo, y aquí me tiene usted dando ejemplo y convertido en un simple anticuario, que estima en más sus negocios que sus blasones.

Habó mano a una cartera de su bolsillo y sacó unas tarjetas:

EL DUQUE DE OLIVENZA

CONDE DE TRIANA

BARÓN DE PARACUELLOS

MADRID

Escribió con lápiz:

"y Excm. Sra."

El corredor no salía de su asombro.

—Presénteme usted hoy como quien soy, querido don Ambrosio; quiero romper mi inoportunidad en honor de esta dignidad de la Iglesia... Mañana olvide usted mi nombre; mañana no hay más que don Fabián el anticuario...

Los pujos de nobleza eran otra de las manías de Fabián, que en sus viajes gustaba de usar de vez en cuando aquellas tarjetas para ver satisfecha su vanidad de ser tratado como un grande.

Una vez, estando destinado en un pueblo cercano a Algeciras, a poco de su matrimonio, anunció a todos sus amigos la visita de sus tres hermanos, que venían desde su pueblo, y les adjudicó uno de estos títulos a cada uno, añadiendo que él había renunciado a los suyos.

Júzquese la sorpresa de los tres hermanos al encontrar en la estación al Ayuntamiento, las autoridades y los notables del pueblo esperándoles.

—¿Vendrá algún otro personaje?—se preguntaron.

—¡Pero si todo esto es por nosotros!— exclamó uno de ellos al parar el tren.

Fabián se acercaba imperturbable, con su gran sombrero de copa, y decía, presentándoles a la primera autoridad:

—Mi hermano Eugenio, Duque de Olivenza.

—Mi hermano Paco, barón de Paracuellos.

—Mi hermano Rosendo, conde de Triana.

Los tres rompieron en una carcajada, y el menor exclamó:

—Pero, hombre, si viajábamos de incógnito; ya ves, habíamos tomado segunda...

Y títulos a la fuerza, como títulos los trataron: hubo banquetes, jiras, paseos, hasta que las golferías del Barón, del Conde y del Duque les hicieron salir casi huyendo del pueblo, dejando unas muchachas desoladas, un desafío pendiente y no pocas deudas del juego.

Aquello, que pudo costar caro a Fabián, fué el origen de su traslado a Madrid. Adelina lo creía curado de aquella locura que volvía de nuevo a surgir.

Tuvo que resignarse a ser duquesa aquel día. El canónigo echó la casa por la ventana para obsequiar a los títulos que se le entraban por la puerta.

Cuando supo que el Duque quería comprar para su palacio las mesas del Cardinal, exclamó:

—Cuánto me alegro, don Ambrosio, de que me haya usted proporcionado esta ocasión. Es para mí un goce que esas alhajas vayan a parar a un noble como el señor Duque, en

lugar de ir a manos de un anticuario imundo.

El almuerzo fué espléndido: el canónigo sacó todo lo más selecto de su suculenta despensa, se mataron gallinas y conejos, como si un Duque comiese por diez hombres, y se sirvió una magnífica comida con añejos vinos españoles, licores de todas clases y un café semejante a un néctar.

—Este guiso está riquísimo—exclamaba con entusiasmo Fabián, clavando el diente en el lomo de un conejo.

—Es obra de Paulina—dijo el canónigo, señalando a una mujercita morena, pecosa, de ojos vivos, gordezuela, embutida en un hábito del Carmen que parecía reventar de ajustado.

—¿Es el ama?—preguntó Fabián.

Se puso serio el canónigo.

—No tengo ama, señor Duque; es mi sobrina...

—Por muchos años...; es igual...

Y para borrar la mala impresión, consciendo que había dicho un disparate, añadió:

—Adelina, es preciso que aprendas a hacer este guiso.

Se echaron todos a reír.

—¡Guisar la señora Duquesa!

Adelina acudió a remediar la torpeza.

—Me gusta saber las recetas para dárselas al jefe de cocina.

—Yo se las daré a vuestra excelencia.

La verdad es que la anticuaria tenía más aplomo para ostentar el señorío de su ducado que el marido. No le pesaba el papel que estaba representando, se sentía bien en duquesa y hasta le gustaba orse llamar excelentísima. A ver si la contagiaban las chifaduras de Fabián. Ya aquel día estaba obligada a ayudarle. Era ella la que mantenía el prestigio del ducado; Fabián había empezado a cantar en varias ocasiones:

"Al ladrón del presidente
le falta un diente",

y le había llamado dos veces *barbiana* y *gachá* a la sobrina del canónigo, que sonreía y lo miraba de reojo, con un aire de mujer enterada, mientras el tío fruncía el entrecejo.

Pero allí estaba Adelina.

—No hagan ustedes caso. Siempre está así...; ¡Estos andaluces!

Don Ambrosio añadió:

—Las cosas de su excelencia.

Desde entonces, andaluz y con cosas, todas las excentricidades de Fabián quedaron legitimadas. Sus bromas con la sobrina debían ser inocentes cuando la Duquesa las aplaudía.

Salieron a pasear por el huerto, aquel era uno de los más hermosos *cigarrales* (huertos) de la provincia. Estaba todo el campo poblado de esas casitas entre árboles que son el refugio de las familias toledanas durante el estío. El canónigo se había constituido en el acompañante de la Duquesa.

Entretanto, Fabián acompañaba a la sobrina del canónigo, le ayudaba a coger del árbol los albaricoques tan perfumados, tan jugosos. Eran los célebres albaricoques toledanos, los legítimos del hueso dulce, tan do-

raditos, con la piel pintada, pecosa, como el rostro de las mujeres blancas que se ponen al sol.

Fabían encontraba comparaciones galantes con las pecas de los albaricoques y el gracioso punteado que manchaba la blancura de la rozagante sobrina.

—Debe ser usted fresca y sabrosa como un albaricoque—le decía.

Mordía en la carne amarilla de la fruta mirándola fijamente, como si la mordiese a ella, y en más de una ocasión que la moza le ofrecía, le pellizcaba brazos y caderas, con gran contento de ella, que lo alentaba con la mirada.

Todo hubiera ido bien, si al pasar por el lado de Adelina ésta no le hubiera dicho por lo bajo:

—¡Ya te daré yo luego ducado y albaricoquitos!

Fabían le temblaba al enojo de su mujer. Adelina, como todas las personas de carácter dulce y apacible, era terrible cuando se enfadaba.

Cuando se marcharon, la sobrina del canónigo no pudo reprimir un suspiro, diciendo:

—¡Qué encantador es el Duque! ;Cómo se conoce la aristocracia!

Tenía aquella calle, entre el Barrio Latino y el boulevard de Saint-Germain, una atracción especial para los anticuarios.

Ancha, amplia, con el suelo de un asfalto luciente, que daba la impresión de estar siempre mojado, se hallaban en ella todas las comodidades; estafeta, bucasales de los Bancos más importantes, bocas del metro, y en medio de todo aquello, algo de silencioso, de pueblerino; en su anchura pasaba la gente como perdida, sin notarse la gran afluencia de los otros barrios de París y el bullicio del *Bou'Mich*. Era una de tantas provincias separadas como forman las calles de París, cada una con su fisonomía especial, unidas en ese gran conglomerado, donde, precisamente por su carácter de variedad, todos los gustos podían satisfacerse.

Tenían tal predilección por aquel barrio, que podía llamársele el barrio de los anticuarios. Había allí tiendas de franceses, de italianos, de húngaros y de turcos.

Se destacaba ahora entre todas la tienda de Fabían, con sus dos escaparates, adornados como una joyería, su puertecita pequeña, dejando ver las preciosidades del interior, y la gran muestra, que excitaba la curiosidad hacia nuestro país de leyendas pintorescas.

España era un resumen de todo. Un escaparate estaba lleno de santos de tallas admirables, que recordaban a Montañés y Alfonso Cano; cálices, custodias de rayos de oro e incrustaciones de piedras valiosas, casacas bordadas sobre sedas magníficas, con un lujo de color que desafiaba a los turcos... Y allí había encajes de Almagro, desfilados y bordados notabilísimos, las grandes tiras de malla con pájaros y rosas; las

guarniciones de las albas y las cenefas de los paños de altar, con dibujos de cálices y cruces; brazos relicarios dorados a fuego, en los que había una ranura, cubierta con un cristal, donde se guardó algún hueso de santo o alguna reliquia preciosa, ya perdida. El remate de aquellos brazos era una mano que señalaba al cielo; ¡qué bellas manos se veían! Había manos de caricia y manos orantes; manos sensuales y manos místicas, con su gesto trágico, que ya parecía suave o desafiador.

Dentro del establecimiento, los grandes muebles españoles, los sillones fraileros, los vargueños magníficos, las mesas sólidas; el espíritu de esa España severa de la Edad Media, tan grandioso y tan inimitable.

Era Castilla misma la que representaban aquellas porcelanas de Talavera, con los colores amarillos y verdosos de los campos castellanos, y todo su ardor de sol y de resequeidad, de falta de agua.

Daban la nota pintoresca los marfiles, los aljofares, los objetos árabes, los azulejos de Sevilla y de Granada, los cueros de Córdoba, los platos muzárabes, las Mayólicas de reflejos metálicos, y toda aquella variedad de cerámica valenciana, de Manises y de Alcora, la andaluza y de Andújar y de la Cartuja.

Al fondo mantones de Manila, esos mantones que sólo conserva España, con ese crepón fuerte como lona de aspa de molino, con las grandes rosa y la chinas de cara de marfil sujetando la flor de sus parasoles.

Mantones de alfombra, tejidos en lana y seda, con ese dibujo complicado, polícromo que se extiende en torno de la estrella negra del centro y que los ojos no pueden seguir en la confusión en que se despliega, se retuerce y se enlaza, sin perder por eso la simetría. Tejido en que parece que se ha tejido luz, tan brillante, tan menado y tan ideal. Abanicos de fábrica española, épocas de Luis XIV y Luis XV, con varillaje de concha, magníficamente calada y dorada y paisajes de cabritilla cubiertos de miniaturas maravillosas. Abanicos de Goya, con toda la gracia de su espejo de lentejuelas en lo leve de sus tules; abanicos imperio de bronce dorado con incrustaciones de piedras preciosas; abanicos de María Cristina, con grotescos paisajes de figurines de modas; absurdos *pericones*, imposibles de manejar por su tamaño y los graciosos, pequeñines, abanicos de pluma, que parecían tener la misión de agitarse sin hacer aire.

Muchos devocionarios, muchos portamonedas, muchos rosarios. Trajes de Salmantinas y de Charras con su aspecto de vestidos de ídolo; refajos de lana, color magenta, plegados en acordeón, con los cinco listones de seda blanca en el borde, traje de las *refajonas* de Almería, que las cubren con una gracia casta y no dejan adivinar el cuerpo que va dentro de ellos.

Y pañuelos de talle, con flecos y enrejados, a los que la sencillez aldeana no ha dado los nombres que da la moda a los colores y les llaman, por la comparación con las cosas que le son familiares, color *aceite* y color *garbanzo*, de *tomate* y *huevo* y pañuelos caste-

blanos de centro liso y cenefa de rosas de colores, vulgares en el pueblo, pero que dentro de la tiendecita adquirían precio y aristocracia.

Y de vez en cuando un cuadro de la antigua escuela española, un mueble de magnífica talla, un ánfora romana o una estatua griega o celtibera sacada de alguna escavación en esa tierra, palenque de todos los pueblos, que conserva viva su leyenda tradicional. Lucían lindas espadas románticas de la Edad Media con empuñaduras de acero en forma de embudo, de cruz o de taza, en cuyas hojas, pulidas como espejos, se leían expresivas leyendas; adamasquinados puñales toledanos, y viejas incrustaciones de oro sobre hierro en joyas de Eibar, que parecían joyas de luto. Eran: sólo ellos, los españoles, los franceses y los italianos, los que se consideraban con verdad anticuarios; los orientales eran más bien comerciantes de objetos de su país. En cuanto a los demás pueblos no se pensaba en que tuviesen antigüedades. No se vendían antigüedades, inglesas ni holandesas, ni belgas, ni alemanas. Eran como si no tuvieran la aristocracia de la antigüedad. Hasta Grecia, en lo que esto era indiscutible, ni aportaba nada a su mercado; su arte no se había divulgado así, se lo habían llevado con los metopas de su Parthenon y con las estatuas de mármol y sus dioses crisielefantinos; no podía Noruega enviar un navío de Vikins, ni Suiza una muela de glacial. Agotadas las antigüedades persas, asirias y egipcias, todo lo que quedaba en el mercado pertenecía a Italia, España y Francia: las canteras inagotables.

Fabían y Adelina fueron bien recibidos en el barrio; no eran ya unos desconocidos, y tenían relaciones con los anticuarios más ricos de París, Mr. Hugnet y Mr. Marcel, que tenían continuamente gente viajando por todo el mundo, y a cuyas manos iba a parar todo lo mejor que había en materia de antigüedades.

Verdad es que el encontrar aquella tienda, el poderla alquilar, con el gran almacén interior, y el piso de al lado para morada; el colocar las antigüedades hacer las vitrinas, prepararlas todo con el gusto y el lujo de que habían hecho en la presentación, no fué cosa fácil.

Además habían llevado a la madre de Adelina, con las criadas y los ocho vástagos, de los cuales el hijo tenía diez y seis años, y quince la mayor de las niñas, porque los cuatro primeros se llevaban sólo un año unos a otros, y Adelina solía decir riendo:

—Si no me hubieran distraído las antigüedades ya tendría diez y seis chicas.

* * *

Parecía que toda su vida la habían pasado allí; según lo pronto que se aclimataron y ordenaron su vida en aquel barrio.

Adelina, con la vigilancia de su madre, dirigía admirablemente la casa. El hijo mayor, mozo serio y reflexivo, era el dependien-

te ideal que le ayudaba en la tienda, las tres niñas mayores, de quince, catorce y trece años, eran tan modocitas y hacendosas que se distribuían el trabajo de arreglar la casa y las ropas, dirigiendo a los criados y les quedaba tiempo de hacer las restauraciones de encajes y *filets* y hasta de cualquier labor o vestido, economizando modista.

Eran juiciosas y buenas, no pensaban como mujeres sino como verdaderas niñas, y les gustaba más ir al cine o al campo, que las diversiones de bailes y tertulias, donde había pretendientes.

Habían heredado aquella buena pasta de Adelina, tranquila y casta por naturaleza. Se podía decir que aún ignoraban que eran mujeres y que eran bonitas.

La placidez de aquel fondo reposado de la familia, aquel desahogar la vida doméstica sin nubes, se reflejaba sobre Adelina, para mantener su juventud lozana y plena y su humor igual e inalterable, le daba optimismo y fuerza para continuar sus trabajos, con un aspecto de señora que se distrae en una agradable ocupación. Ella era el contrapeso de la figura del marido; era la amiga de los grandes anticuarios, la confidente en los negocios reservados. Era suyo el crédito en los Bancos, la confianza de los clientes que le entregaban géneros en comisión, y a ella le pertenecían las iniciativas para comprar y vender. Todo el complicado mecanismo de su oficio pesaba sobre Adelina.

No es que Fabían fuese inepto; su cultura y su talento habían hecho de él un experto famoso, al que recurrían los otros anticuarios en las dudas y en las compras difíciles e importantes. No había compra de importancia a la que no se le llamase, ni negocio en que no se contara con él.

Se había hecho popular, ese tipo que *tiene cosas*, al que se le toleran todas las extravagancias.

Adelina tenía siempre miedo.

—Los que lo conocen no le hacen caso— decía,—pero temo a los desconocidos. A veces va por la calle diciendo en español los mayores disparates en voz alta a los que pasan. ¿Si lo entendieran? No deja tranquilamente a ninguna mujer; ayer se adelantó, le cogió la mano a una señora que estaba parada cerca del metro, miró la hora en su reloj de pulsera, y luego descubriéndose muy cortés, le dijo: "Merci, Madama." La pobre señora, confusa, no sabía qué actitud tomar... No me gusta salir en su compañía.

Pero en el barrio lo conocían todos, y allí podía desahogar su vena cómica sin peligro, se había hecho popular, y aprovechaba el ir de un lado para otro con sus bromas, para enterarse de cuanto los demás tenían y en los precios en que lo marcaban, de modo que él podía ofrecerlo todo a sus clientes con ventaja.

Nadie como él para saber ensalzar, alabar y encarecer un artículo, entusiasmado al comprador. Sabía ser insinuante, respetuoso, dominando todas sus bromas, aunque no podía dejar de contarles a todos que él no era un anticuario vulgar, pues procedía del mejor linaje de España, emparentado con el Cid y

con Guzmán el Bueno, y que aunque vendía antigüedades, era caballero de varias Ordenes y amigo íntimo de Clemenceau y lord Georges.

Quizás aquella chifladura, cuya lo capacitaba para conocer mejor las chifladuras de los demás y sacar partido de ellas. Los anticuarios y los aficionados a antigüedades acababan por chiflarse casi siempre, por salir del mundo real a fuerza de exageraciones y mentiras.

Con una gran seriedad daba sus joyas al Marqués de Ogitos, que probaba las piedras preciosas con la lengua para conocer por el sabor si eran verdaderas.

Otro aficionado distinguía las antigüedades por el olor, como las cocineras concen la sal en los guisos, y solamente con el olfato clasificaba el griego y el romano, o distinguía el alto y el bajo imperio.

Los más manifiáticos en esto eran los ingleses, que parecían niños grandotes, siempre tan pasmados y tan serios.

—Este es un animal—le solía decirle a Adelina en español, delante de un grave mister,—se pone tan serio y tan correcto para disimular lo bruto que es.

Luego empezaba a hablarle en su inglés de meridional, con su flujo de palabras, que parecían ir poco a poco desheliendo al inglés, y acababa por hacerle creer todas las historias que le sugería su imaginación fértil.

Así vendió la vaca de cobre repujado de un barbero de Tanager, como el auténtico *yelmo de Mambrino*, y un viejo machete de hierro, en el que había grabadas dos *R. R.* por el machete del rey Rodrigo, hallado en el Guadalete. A otro inglés le vendió *siete pelos de la coleta del Guerra*, con una cacha auténtica.

A un grave lord le vendió un traje de torero, que juraba que le sentaba a las mil maravillas, para retratarse, hecho una facha, con el pantalón a media pierna y la chaquetilla corta.

A otro coleccionista de camafeos, le vendió una especie de cebolleta de piedra con la célebre cabeza de *Muley Jarapa el Manco*, encontrada en las Termópilas. El hombre escribió gravemente la ficha para su colección: *La mia camafea, estar la cabeza de Muley Jarapa el Manco.*

No se preocupaba de inventar cosas verosímiles, cuanto más desacertadas y disparatadas eran pasaban mejor y las hallaban más pintorescas.

Había hecho un mal negocio en Madrid comprando en el Rastro un San Fernando de piedra y otra estatua con traje de romano, en negal, ambas de tamaño natural y de un peso enorme. Procedían de la iglesia de la plaza de la Cebada, y amenazaban permanecer siempre en el rincón del almacén, sin que nadie cargase con ellas.

Un día en que necesitaba reunir dinero para pagar unas letras, Fabián tuvo una inspiración. Embaló cuidadosamente las dos estatuas y se marchó con ellas a Londres, a casa de un rico coleccionista de antigüedades históricas.

—Le traigo a usted nada menos que al

rey Don Pelayo, vencedor de la morisma, y a su secretario Antonio Pérez—le dijo.

El inglés abrió la boca viendo los dos enormes cajones.

—No he querido que nadie los vea antes que Su Gracia—decía el anticuario,—están tal como han legado de España.

Y ante las dos estatuas, que los criados del lord desclavaron cuidadosamente, le contaba la conmovedora historia.

—Estas estatuas, que eran veneradas en España, estaban guardadas en la cueva de Covadonga, donde iba el pueblo en romería a contemplarlas, hasta que, cuando los franceses abandonaron a España, Napoleón se apoderó de ellas; y venían ya camino de París, cuando en el paso de las Termópilas, después de la gloriosa batalla de Bailén, se encontraron con el ejército del general Castaños, que al verlas exclamó: —¿Dónde lleváis esas reliquias tan preciosas? Mientras yo tenga sangre no se consumará ese sacrilegio. Han de volver a su puesto—. Se trabó una refriega, y en el ardor del combate, unos por acercarse y otros por escapar con las estatuas, alcanzaron a éstas algunos golpes. El rey llevó un sablazo en la mano derecha, y le faltan todos estos dedos que ve Su Gracia, y Antonio Pérez un sablazo en la cabeza cuyas huellas se hallan a la vista. Entonces se hizo el milagro de que los dos,—según cuentan los cronicones—empezaron a echar sangre por las heridas. Ante el prodigio, fué tal el asombro, que Napoleón cayó de rodillas y entregó la espada, diciendo: "¡Vuelva el acero a su vaina!"

El inglés no podía mantener su gravedad. Lleno ya de entusiasmo estaba a punto de abrazar al anticuario que tales maravillas le proporcionaba, y acabó por darle 40.000 francos por los dos armatostes, haciendo escribir en una tablilla la grotesca historia. Lo malo fué que habiendo querido subirlas al piso superior, el peso de las dos estatuas hizo caer el techo, y el pobre don Pelayo se hizo mil pedazos sin echar una gota de sangre. El buen lord lo recompuso y apuntó como un nuevo milagro el que no se hubiese extraviado ningún pedazo en tan extraordinaria caída.

—La suerte está en que no se perdiera la inscripción—decía Fabián,—pues estoy seguro que no hubiera podido volver a reconstruirla con tantos visos de verosimilitud... ¡De algo ha de servir saber historia!

* * *

La pasión que Fabián y Adelina sentían por las antigüedades repercutía en su propia pasión. Los llenaban de un sensualismo poderoso incitante, a fuerza de convivir el uno con el otro, de compartir sus esperanzas, sus ilusiones, de estar unidos por sus mismos intereses, habían acabado por penetrarse íntimamente.

Las mejores horas de su vida las pasaban en el ambiente polvoriento de sus almacenes, entre sus muebles antiguos, con

aquel aroma de las maderas y de las telas viejas, sutil aroma de siglos, que ellos percibían y que los demás no sabían apreciar.

A veces se iba Adelina sola a encerrarse en el almacén, a recrearse en medio de sus antigüedades, sentía el orgullo de la posesión de todo aquello. Se ponía las joyas, los brazaletes, se envolvía en aquellas vistosas telas antiguas de colores tan brillantes; sentía una voluptuosidad rara en la posesión de todo aquello, en las evocaciones que le sugería.

Una de las cosas que más amaba era el encaje. Había ido apartando de la venta, para formar su magnífica colección, tan valiosa, que la solía guardar en su caja de caudales del *Crédito Leonés*.

Tenía a veces mantos de corte de encajes magníficos, que habían pertenecido a damas aristocráticas. Había ido a parar a sus manos el célebre manto de encaje de Alençon de la reina María Pia, cuando lo vendieron en subasta sus descendientes. Aquel manto de Reina reinante, lleno de maravillosos calados y con los relieves hechos sobre cerda de caballo, tenía a la vez la ligereza de la espuma y esa gran pesantez de los encajes de Alençon. Le gustaba envolverse en él.

Tenía en su colección viejos encajes ingleses, antiguos encajes de Argentina, bellos encajes de Flandes, Bruselas, Mainas y Brujas, en blondas tan finas y sutiles que parecía increíble poder hallar un hilo bastante delgado para tejerlas.

Tenía de España, las antiguas filigranas, los encajes de oro y plata, encajes góticos inimitables; antiguas blondas de seda, blanca, negra o rubio de trigo; mantillas evocadoras de ojos negros y claveles de sangre; punto de España, encajes de Almagro y de mallas y deshilados hechos por las campesinas con un primor maravilloso.

Mirando aquellos objetos, gozando de pasearse entre los espejos altos, de grandes marcos, pasaban a veces todo el día, como si ellos fuesen también seres de otra época, rollos de tapices de todas clases.

Se deleitaban allí con el aumento de sus ganancias; el enorme tanto por ciento que lo empleado les había de producir: la cantidad que representaban todas las existencias que tenían. Todo su capital era obra suya, de su trabajo, de su esfuerzo, de su ingenio, en el que se recreaban con ese amor de los creadores a su obra.

Solían pasearse entre todos aquellos muebles estivados, a lo largo de los almacenes, pasando con dificultad entre las sillas, subidas unas sobre otras, las mesas con las patas al aire, los sofás y las butacas colgadas de la pared como si fuesen cuadros.

Se amontonaban las cornucopias; los cuadros formaban triples hileras apoyados y sostenidos entre sí, con las pinturas hacia la pared; las porcelanas y las estatuas, empolvadas, los velones de cobre cubiertos de cardenillo, se veían diseminados por todas partes. En un rincón puñales adamasquinados, espadas, lanzas y machetes, hasta las viejas escopetas de chispa; más allá instrumentos de música. En un lado una cítara, más allá

un clavecín, un arpa dorada cerca de los rollos de tapices de todas clases.

Había allí una revolución de cosas que no existía en la tiendecita, ya preparada para ser vista. Pendían veladores y muebles del techo, colgados como ristras de chorizos, se mezclaban tocadores, cajas de taracea, papitres de laca, estatuas de mármol y de bronce. Había capiteles de mármol y de yeso, columnas antiguas de viejos edificios, jarrones y ánforas; hierros de verja, montones de cerraduras y de llaves; y gran número de cómodas y de armarios con cajones atestados de telas.

Y más allá, más al fondo, en el último almacén, muebles deshechos, los muebles que era preciso restaurar, formar de nuevo, arcos de tabla gruesa, donde se podía tallar angelotes burdos y hojas acanaladas del Renacimiento para convertirlos en objetos de valor, tablas carcomidas para labrar mesitas ratoneras, o pintar sobre ellas al temple o al huevo, después de preparadas con encáustico; había cornucopias hechas mil pedazos que podían reconstruirse hábilmente..., varruños foscos que se habían de incrustar con concha, lacas para pintarlas de nuevo, sillas desvenecijadas, fraileros sin cuero, mesas sin travesaño; todo lo mugriento, lo polvoriento, lo viejo; aquellos sillones de damasco roto, a los que se les salía el pelote y enseñaban los muelles de su vientre; mesas cojas, telas rotas, alfombras sucias, maderas llenas de grasa. Todo aquello que parecía un almacén de leña para el fogón, que recordaba esos muebles que se queman en la noche de San Antón para alimentar las hogueras en los cortijos andaluces, pero que eran allí, restaurados y adobados por la hábil mano de los anticuarios, una fuente de grandes ingresos. Ellos sabían convertir las maderas viejas, las telas deshechas, los muebles inservibles en refinados objetos de lujo.

Pero después, de algún tiempo a esta parte, la ambición los aguijoneaba; era lento el enriquecimiento en el comercio con las cosas vulgares.

—Si pudiéremos tener una joya, un cuadro, algo de las cosas únicas, que hacen la fortuna con rapidez...

Se decían uno a otro confidencialmente como empezaban a sentir el cansancio. Estaban siempre presos, amarrados al negocio, preocupados continuamente, teniendo que luchar con los engaños de todos, sin poder descuidarse jamás.

—Si tuviéramos una fortunita traspásemos la tienda y compráramos en España una casa de campo.

La idea del retiro, la idea del fin, idea siempre unida a la idea de España, como si fuese la llamada del suelo que los vio nacer y les ofrecía la última morada.

—¡Qué felices seríamos no teniendo que tratar con vendedores ni con clientes!

—Y sin volver a ver un anticuario.

—Libres de estas preocupaciones de letras—decía ella.

—Y sin tener que lidiar con los restauradores y con los agentes de aduana—respondía él.

—No haríamos más que lo que nos diera la gana.

—Yo tendría gallinas, conejos y flores.

—Y yo, perros y caballos.

—¿No te cansarías de estar en el campo?

—Haríamos viajes cuando nos pareciera, pero sin operaciones de ventas y compras.

Llegaban a discutir seriamente dónde estaría su quinta y cómo había de ser.

—¡Pero eso cuesta mucho dinero!—concluía él.

—Aún está lejos ese día—supiraba ella—. No somos solos. Tenemos mucho que trabajar para nuestros hijos.

La ansiedad que sentían era una cosa vaga, un deseo de algo supremo, liberador, ese premio gordo de la lotería que se ha hecho ideal de todo un pueblo que lo espera siempre. Recordaban la media docena de cosas auténticas, de cosas únicas que hay en el mundo. Pensaban en algunos cuadros: *La maja desnuda*. *El entierro del Conde de Orgaz*, en una alhaja extraordinaria.

Era siempre el buen sentido de Adelina el que los llamaba a la realidad. ¿Cómo era posible conseguir una cosa de aquellas? Y aun teniéndola. ¿quién la podría comprar? Tendría siempre que ser un objeto robado, por caro que les costase, y no lo podrían nunca lucir.

Pero, a pesar de todo, había como una secreta esperanza, a la que no se atrevían a renunciar, y acababan siempre diciendo, frente a lo absurdo:

—Veremos...

—¿Quién sabe?

* * *

De vez en cuando se imponían las salidas para ir a comprar géneros y hacer una búsqueda personalmente, sin fiarse de los corredores, que en alguna ocasión solían trabajar por su cuenta, guardando las mejores piezas para luego venderlas directamente de segunda mano.

Fabían quería vender en España unos tapices de Gobelinos legítimos y unas porcelanas falsas que había arreglado de manera que darían el pego hasta a los sevillanos, tan maestros en el arte de engañar. Sus amigos Aznar y Huquet habían querido acompañarlo.

Tenían miedo de ir solos a Sevilla.

Aquella gente tan amable, tan entrañable, que hacía tantas protestas y parecía tan ingenua, era maestra en el arte de engañar. Era un axioma entre los anticuarios:

—En Sevilla, lo que pidan de duros se da de reales, y aún así se sale engañado.

Había allí obreros inteligentes, maravillosos falsificadores, que ganaban a los italianos. Lo falsificaban todo con una perfección que a los más expertos les costaba trabajo reconocerlo. Imitaban joyas antiguas, rellenas de plomo para que pesasen; ponían aleación, que era imposible conocer, a la plata repujada, y hasta los cuadros vulgares de San Antonio o algún santo imberbe los convertían en retratos antiguos, de damas con pelucas

y sombreros, que unas veces imitan a Gainsborough y otras a Nattier.

Los primeros días de su llegada habían pasado envueltos en el encanto de Sevilla. Los emplearon en enseñar la ciudad a Huquet, que no la conocía. Los había ganado el ambiente, sin influencia de las personas, para hacerles olvidar hasta de los negocios.

Era el encanto de la ciudad clara, en contraste con París.

Huquet, que iba por vez primera a Andalucía, estaba encantado. aturrido: le gustaban tanto aquellos maravillosos jardines del Parque como las callejuelas estrechas y retorcidas de la ciudad vieja.

—Aquí se adquiere un vicio, meter la cabeza en casa ajena—decía.

Era que sin querer se físgaba al través de todas las puertas entreabiertas, con el deseo de ver los patios que tienen todas las casas.

—Recuerdan los patios pompeyanos—decía—; pero son irreproducibles fuera de este aire. Son como plantas que no se aclimatan a otro país.

Ponían algo de palacio árabe en todas las casas, aquellos patios claros, blancos, con azulejos, con plantas verdes, con naranjos y palmeras, albergues de pasión y ensueños, donde corría el agua de esa manera especial de los surtidores árabes.

—Los árabes no han pensado nunca en un surtidor *Torre Biffiel* que elevara el agua a una altura inverosímil, como en Ginebra, ni han hecho surtidores de juegos complicados como los de Versalles—explicaba Fabián—. Han hecho estos surtidores sutiles, finos como hilillos que surgen, se entrecruzan, juegan y parecen refr de travesura. Es el agua de los árabes la que corre por esos patios.

—Me gustan más los patios que la catedral—aseguraba Huquet muy serio.

Pero se había arrojado en la catedral, sobre todo a la entrada, por aquel *Patio de los naranjos*, que ponen los andaluces como atrio de las catedrales que fueron mezquitas. Parece que el naranjo, con su oscuro follaje de bronce, siempre verde, y sus bolas de oro—árboles del jardín de Aladino—representa el elemento pagano para dar acceso a la iglesia.

—A ésta sí que me la llevaba yo, y olé su madre—exclamó Fabián, tirándole el sombrero a los pies a la Virgen de la Esperanza, de la Macarena, rival de la otra Virgen de Triana, a la que sus devotos tratan de esa forma irrespetuosa y entusiasta.

La Virgen parecía sonreír con su cara de sevillana, morena, graciosa, llena de ardores secretos, como cirio que arde y se consume en una capilla cerrada. Aquella Virgen, esculpida por una mujer, era la encarnación plástica de la raza, la buena moza, *la bien plantá*, recatada y pintoresca a un mismo tiempo.

Si, de buena gana se hubiese llevado Huquet las obras del *Loldán* y la *Loidana*, como decía, cambiando en *elas* las *erres* de los nombres de Roldán y su hija, con su blanda pronunciación de franceses.

Tenía una obsesión por llevarse alguna de aquellas cosas; todo sería cuestión de dinero,

en la creencia que abrigaba de que en España se vendía todo. ¿Acaso no se habían vendido ya verdaderas y únicas obras maestras?

¿No tenían en su casa de París retablos de iglesias, portadas de palacios y relicarios de las catedrales más famosas?

Hasta las miniaturas de libros de coro españoles, esos libros de coro inmensos, con ruedas en la cubierta para poderlos mover, en cada una de cuyas hojas hay tan pocas letras mezcladas a las notas de canto llano. Cada una de esas hojas de vitela nonnata, curtidas admirablemente y miniadas y doradas, se habían mutilado para los anticuarios. ¿No había visto comprar en Medina del Campo, por trece mil quinientos francos, la célebre estatua de alabastro del obispo fray Lope Barrientos?

Aquellos antecedentes que le hacían atreverse a todo, justificaban hasta cierto punto su gran antojo de llevarse a doña María Coronel. Era la joya mayor, la antigüedad más auténtica que había encontrado en toda la excursión. Miraba las tallas de Montañés en la pequeña capilla gótica del convento de Santa Inés, limpia y cuidada con ese esmero de las monjas, cuando vió en la guía que allí estaba encerrado el cuerpo incorrupto de la bella y noble esposa de don Juan de la Cerda. Pidió que se la enseñasen, y las religiosas accedieron. Se bajó la verja del locutorio, detrás de la que ellas presencian los oficios divinos, y pudo ver la urna de cristal que encerraba aquel cuerpo de mujer dormida.

Toda la poesía de su tradición flotaba en el templo. Se la veía perpetuarse en aquellas monijitas que no se descubrían jamás el rostro, para corresponder al sacrificio de la fundadora, que tuvo que ocultar el suyo, después de desfigurarse tan horriblemente con el aceite hirviendo, para librar su honor de la codicia del rey don Pedro el Cruel, que había matado a su marido.

Convertida voluntariamente en objeto de horror, la hermosura célebre se había encerrado en aquel convento con su hija, y allí murieron las dos. Se refería que al ir a colocarla en el ataúd, como éste fuese pequeño para su estatura de buena moza, la Priora expresó el deseo de que se encogiese un poco, y la muerta obedeció con una flexión de rodillas que le permitió entrar en el sarcófago.

Después de tantos siglos la habían encontrado incorrupta; no estaba momificada, sino fresca; no era un cadáver antiguo, sino un muerto reciente. La mano sobre el pecho era una mano morbida y perfecta; su cuerpo conservaba huellas de la hermosura que cautivó al monarca; su rostro, a pesar de las quemaduras, tenía la línea de óvalo perfecto y la noble expresión de las bellezas andaluzas. En su actitud parecía dormida, sin esa rigidez de los muertos, que evitaba la flexión de sus rodillas.

Fué ese el mayor capricho de Huquet. Hubiera dado muchos miles de francos por poder llevarse a la incorrupta. ¿Qué antigüedad más auténtica que aquella, del siglo XIV, y que aún tenía algo de persona viva, de testigo de aquella azarosa historia

del monarca de Sevilla, más bien como superviviente que como muerta? ¿Qué estatua mejor que aquella, más perfecta y de materia más noble? Y no era solamente el cadáver vulgar, notable sólo por estar incorrupto. Era el cadáver de la mujer más hermosa de su tiempo, de la mujer heroica que sacrificó su belleza y su vida por salvar su honor de la lujuria de un rey, cuando tantas trataban de despertarla para honrarse.

Huquet pedía muy seriamente a Fabián que entrase en tratos con las monjas para poderse llevar aquella preciosa antigüedad: el hermoso cuerpo incorrupto de doña María Coronel.

Los tres anticuarios eran ya conocidos.

Apenas hicieron su aparición en el café de la Perla, bolsa de anticuarios y corredores, se esparció por toda Sevilla la voz de su llegada. Al día siguiente se vieron rodeados de una nube de agentes, entre los que había chalanes y gitanos, que los aturdirían con propuestas y demandas. Era Fabián quien los defendía, con su pericia, de toda aquella gente que perseguía a Huquet y a Aznar en cuanto los veían solos.

Uno le había llevado un abanico viejo, por el que le pedía cien pesetas.

—Pero, hombre, si eso no vale nada.

—Pedir no es dar; ofrezca su merced.

—Pero si es que no lo quiero ni de balde—repeta Aznar.

—Pero usted no ofrece—insistía el otro.

—No, ya he dicho que no lo quiero.

—Ofrezcáme usted setenta y cinco pesetas. Que para eso ha salido usted de su casa.

—Pero eso no es antiguo.

—¡Padre mío del Gran Poder! ¿Que no es antiguo dice su mercé? Por la *salá* de mis *churumbeles* que se lo juro como éstas de mis cruces (aquí ponía el pulgar sobre el índice y besaba) que es más antiguo que los bisabuelos de los tatarabuelos de su mercé.

—Aquí media un hombre—exclamó otro, adelantándose y echando atrás su gran sombrero de alas anchas—. Todo es ponerse en razón. Ha pedido cien pesetas. Ofrezca usted.

—Es que no me gusta.

—Ofrezca usted setenta y cinco.

—No lo quiero.

—Vamos, se queda en cincuenta.

—Pero...

—¿Va usted a dejar feo a un hombre?

—Es que...

—Cincuenta, se acabó...

—Sí...

—Por no dejar feo a un hombre. Trato hecho.

Aznar encontró mejor abrir la bolsa que seguir discutiendo y entregó las cincuenta pesetas a conciencia de que aquello no valía ni diez reales.

En aquel momento apareció Fabián con un aspecto cansado y cariacontecido que no le era habitual y llevando un gran sombrero de alas anchas en la mano y un cayado al brazo.

—¿De dónde demonios viene usted tan majo y tan ternejal?—preguntó Aznar.

El, sin responder, se dejó caer en una silla, cogió el abanico y se hizo con fuerza aire.

—Una aventura, amigos míos. Pasaba por el Alcázar, y allí, junto a la puerta, en la exposición de antigüedades que vimos ayer, se empeñaron en que volviera a entrar, con la insistencia de esta gente: “Ande usted”, “Por ver no se pierde nada”, “Aunque no compre”.

—Digamelo usted a mí—dijo Aznar—. Mire usted que ese abanico que tiene en la mano lo he comprado en cincuenta pesetas porque me dejen en paz.

—Entré..., ¿qué remedio?... Y había allí unas muchachitas, tres primitas, Carmen, Mercedes y Dolores... Vamos, que eran tres antigüedades de quince a veinte años, que daban la hora... Hablamos con esa confianza que hay aquí... Les compré algunas cosas que les gustaban..., unos quinientos francos..., y me invitaron a ver el Alcázar.

—¡Pero, amigo Fabián!...—reprochó con cierta envidia Aznar.

—¿Cuál era la más bonita?—preguntó el francés.

—No se podía escoger..., tres preciosidades... A mí me simpatizaba más Mercedes... Vi el Alcázar por la centésima vez. Aquel *Patio de las Doncellas*; donde yo me sentía capaz de cobrar el tributo, llevándome aquellas a cuenta; y me enseñaron una portada del palacio de los Duques de Osuna, que han trasladado a la entrada de los jardines, y que es lástima que se nos haya escapado.

Pero los otros dos anticuarios, interesados con el relato, no ponían atención en el negocio.

—¿Y qué más le enseñaron?

—¿Qué pasó?

—Que yo paseaba con ellas por los jardines hecho un almibar a punto de caramelo. Lo deben pasar bien los reyes allí. Hay una galería, por donde pueden pasear dominándolo todo.

—Dará gusto vivir en aquellas casas cercanas—dijo Huquet,—sobre todo en tiempo de azahar.

—No lo crea. Las pobres casas que dan al jardín del Alcázar están ciegas, les han sacado los ojos para que no vean el parque de los reyes.

—¿Cómo?

—Ninguna tiene ventanas ni terrazas hacia aquel lado, son casas mutiladas.

—No me había fijado—dijo Aznar.

—Ni yo—siguió Fabián—. Fueron las niñas las que me hacían notar lo todo. Hasta una gruta, adosada a la galería, donde un heraldo toca al aparecer los reyes... Yo estaba entusiasmado..., las invité a cenar con nosotros tres..., no iba mal la cosa... Ya trataban de buscar la manera de escapar de sus casas... De pronto a Merceditas se le soltó un zapato... ¡Ay, qué zapato! Una cáscara de nuez.

—El de la Cenicienta...

—Me ofrecí a atarlo. Dejé el sombrero que llevaba en la mano, y le dije que pudiese el pie sobre un poyo de azulejos en la placita semicircular, y me dispuse a sentarme para recibir aquel piececito, que parecía un pishón vivo dentro del nido...

Los dos anticuarios lo escuchaban ya lle-

nos de sensualidad y de interés por la promesa de la cena.

—¿Qué sucedió?—preguntaron a un tiempo.

—Que las picarueñas echaron a correr, riendo como locas, con vuelos de mariposas que se persiguen, y que yo, pensando que se acercaban en acabando su juego, que me miraba embelesado... Me senté... Me senté, y del banco, del suelo, de los árboles, de todas partes, salió una lluvia de agua helada, cuyos hilillos parecían converger sobre mi calva. Quise escapar, y por donde yo iba brotaba el agua... Me puse como una sopa.

—¿Y ellas?

—Reían, que me parece estarlas oyendo.

—¿Y qué hicieron?

—Se marcharon sin decir adiós. Se habían divertido. Las puse como de ropa de Pascua a ellas y a sus señoras mamás... Me metí en un coche, y tuve que llegar al hotel a mudarme hasta de calzoncillos.

—¿Pero cómo salía esa agua?—preguntó aún Huquet.

—Son los graciosos juegos de agua de los árabes de que les hablaba ayer. Ellos hilaron las fuentes y tejieron los hilillos, entrecruzándolas maravillosamente, de manera que dan una armonía a sus bosques y sus alcázares, pero esta gente, pervertida por la juerga y por la fama de graciosa, los emplean para hacer estas jugarretas. Es para ellos una diversión. Los días de fiesta, cuando se abren los jardines al público, los que están advertidos, no pasan por ciertas enramadas, donde los incautos se ven sorprendidos a lo mejor por una de estas lluvias, que estropean los vestidos de las jóvenes y lo echan todo a perder...

—¡Pero eso es salvajada!,—exclamó el francés. Fabián, a pesar de ser la víctima, quiso por patriotismo defender aquella broma andaluza, y respondió:

—No, no es eso..., es... ¡Gracia que tiene uno!

* * *

Toda la noche estuvo Aznar triste y disgustado. La ambición, despierta, lo inquietaba.

En cuanto a sus amigos, ya desintegrados del negocio, habiendo decidido la vuelta a París pasados un par de días, estaban contentos. Fabián cantaba “couplets” ingleses, que hacían desternillarse de risa a los concurrentes.

Huquet, por su parte, hacía esfuerzos por hablar en español, con el sombrero de medio lado y el aire más chulo posible.

No le había costado poco trabajo a Fabián disuadirlo del capricho de comprar a doña María Coronel, con el argumento de la dificultad de hacerle pasar la frontera.

—Se creerán que llevamos un cadáver, que hemos cometido un asesinato—decía.

—Podemos decir que se trata del traslado del cuerpo de una parienta—respondió el francés—. Con dinero pueden arreglarse los papeles...

—Sí, pero corremos el peligro de que el

cuerpo se convierta en cenizas al salir de España. Era muy testaruda la buena señora.

Este argumento hacía vacilar a Huquet, que transigía por el momento, pero sin abandonar del todo su proyecto, limitándose a decir:

—Hay que pensarlo.

—Fabián y Aznar, a pesar de lo grotesco del deseo de su amigo, lo comprendían. ¿Acaso no vivía en el fondo de todos ellos el deseo de la posesión de algo ímpar y maravilloso?

Oreía ya Aznar estar en camino de encontrarlo, y guardaba con sus dos amigos, inquieto, nervioso, esperando con impaciencia ver confirmadas sus esperanzas.

Al día siguiente salió temprano del hotel, diciendo que no le esperasen a almorzar. El hombre afilado, de nariz larga, que presentaba una silueta de hombre pensoso hasta laminarlo, lo esperaba ya. Era una figura sucia, *dehilachada*; un rostro cetrino y macilento, capaz de poner a cualquiera en guardia.

Pero Aznar, a pesar de sus años, era hombre valiente, llevaba bien preparadas sus pistolas, y además había avisado al coche del hotel para llevarlos al pueblo, y no tenía miedo a una emboscada.

Al cabo de una hora de camino por la carretera polvorienta, bajo un sol de llamas, Aznar preguntó:

—¿Falta mucho?

—Está ya *allá*—contestó el hombre y empezó a hablar de las excavaciones de Itálica, de los mosaicos encontrados, del coste de las obras, como si quisiera entretener al anticuario. Al cabo de otra hora, ya nervioso, fatigado, molesto por el polvo y las moscas, Aznar volvió a preguntar:

—¿Falta mucho?

—Pasados unos *calladillos*.

Cambió la conversación, preguntándole por la familia y por París, para obligarlo a hablar.

El señor tiene muchos hijos—dijo—pero tiene pan que darles. Así los hijos son una bendición; Dios se los conserve.

Se sintió conmovido el anticuario, y preguntó:

—¿Y usted, señor...?

—Cayetano para servir a usted.

—¿Tiene hijos?

—Ocho han nacido en mi casa, y la mujer dice que son míos—respondió, usando una locución común en Andalucía—. Pero los pobres no han dejado jamás mendrugos, porque siempre el pan les vino escaso.

El coche había entrado en caminos apenas trazados, por medio de azas pedregosas, e iba dando saltos y tumbos. Aznar estaba resignado. Al cabo de cuatro horas divisaron uno de aquellos lugarcitos blancos, formado por cuatro docenas de casas alineadas, una larga calle a ambos lados del camino, con la plaza en medio.

—Ya llegamos—dijo el hombre señalando.

—¡Gracias a Dios!—suspiró rendido el anticuario, y añadió: Con tal de que no hayamos perdido el viaje...

—De eso no hay que dudar—dijo Cayetano—. El señor quedará contento.

Empezó a contarle la historia del pueblecillo, del que aunque lo veía tan pequeño, habían salido muchos grandes hombres: bandidos y toreros. De allí era el *niño de Bastos*, que tantas proezas llevó a cabo como bandolero, hasta que lo fusiló la Guardia civil; y de allí había salido el *Pintao*, uno de los más valerosos capitanes en cuadrilla, que después que se puso rico se compró el indulto, y vivía tranquilo en su heredad. Había nacido allí el *Patillas*, el contrabandista más famoso de toda España, al que no pudieron coger nunca y que amasó una fortuna, que los hijos disfrutaban ahora allá en Madrid. De toreros salió de allí el *Pollo de Triana*, el *Niño del Arrabal* y el *Meneitos*, que eran tres notabilidades del arte.

Además el pueblo tenía fama de mujeres bonitas, y ser bonita en Sevilla, donde todas son bonitas, costaba mucho trabajo. Había cada bolera que atontaba, y cada *cantaora desgarrá*, que se dejaba chiquitita a la *Niña de los Peines*.

Mientras así hablaba, el coche había entrado en el lugar, y una treintena de muchachos encueretes, revolcados en lodo, con las manos negras y el hocico blanco a fuerza de refregones, corrían detrás del coche, como diablejos, de ojos brillantes, cabellos revueltos y dientes de lobezno, que relucían en lo negro de la tez.

Hombres y mujeres se iban asomando a puertas y ventanas. Aquellas eran las hermosas mozas morenas, con los talles largos y el desgachamiento gitano. Tenían como un perfume tónico de estiércol. Todas miraban de frente y refan al verlos pasar, como si supieran que riendo, con sus labios rojos, estaban más bonitas. En cambio los hombres, especie de morazos, que daban con la cabeza en el alero de la puerta, estaban todos serios. Aquellos eran los *Niños*. La madre de buena cepa y abolengo de la majeza.

Casi todos los viejos tenían patillas blancas de boca de hacha, que les hacía resaltar más lo negri-rojo de la tez, y hacía pensar en si serían los antiguos compañeros de *El Tempranillo*.

El coche vino a parar a la puerta de una posada, donde había muchas caballerías amarradas a argollas de hierro adosadas a la pared. En el porche, entre albardas y aparejos, había mesillas de tabla, a cuyo alrededor se veían los arrieros y los traginantes, sentados en posetes de pitaco.

—Tía Josefa, tía Josefa—gritó Cayetano. Asomó a la puerta una mujer gorda, con refajo amarillo, a pesar del calor, armilla negra, pañuelo de percal encarnado, con cenefa de grandes flores blancas estampadas, y un amplio delantal, que señalaba mejor su amplia barriga y los pliegues de su cintura. Al ver al afilado rió, enseñando grandes mellas en su grande boca.

—¡Ah! ¿Eres tú, *Abogado*? ¿Qué te se ofrece, *arrastrao*?

—Que es preciso que nos haga usted un arroz con pollo, chorizo, jamón y to lo bueno que *haya* en casa, que le traigo este señor

Corregidor, que hay que tratar como un rey.

—Eso es una paella.

—Sí, pero como *pa nosotros*.

—Ni que decir tiene. Ya verá el señor como en diciendo de guisar un arroz, dejamos aquí chiquitos a los valencianos.

—¿Y después?

—Tengo un conejo en agillo, que se chuparán los *deos*.

—¿Na más?

—Se pueden poner unos huevos con magras.

—¿Y postres?

—Hay queso, miel, arroz con leche y fruta.

—Está bien. Pon la mesa con pan tierno.

—*Acábalco* de sacar del horno, y de un trigo candeal blanco que da la hora.

—Bueno, pues saca unos rabanitos, unas aceitunillas *atúnas* y unas rodajas de salchichón, para ir echando un trago mientras llega eso.

—¿Pero no vamos a ver la estatua?

—Está aquí cerquita, y el amo vendrá a su debido tiempo, no conviene despertar sospecha.

Un arriero se acercó con un vaso de vino en la mano, y se lo ofreció a Aznar.

Este lo tomó y lo apuró de un trago; luego, poniéndose a la altura de las circunstancias, se dirigió al ventero:

—Una ronda a todos estos caballeros, que yo pago.

El tío *Sarasa* se levantó, andando torpemente, con sus piernas hinchadas de reuma, llenó de vino una gran medida de lata, y se la dió a un arriero, que babiló en ella, como si fuera agua, hasta hartarse, y se la pasó al compañero. Se refregó el dorso de la mano por los morros mojados, y dijo dirigiéndose a Aznar:

—*Salú pa conviar* muchos años.

Una muchachita ágil y graciosa, de facciones menudas, empezó a extender el trapo en la mesa y a llevar los aperitivos pedidos. Tenía un aire de niña experta, mal vestida, medio descalza, pero muy bien peinada y con la flor en el moño. Llevaba una falda con volantes menuditos en el bajo, que hacían algo danzarinés sus movimientos.

Aznar había madrugado, era más de la una de la tarde, el aire del campo y el ejercicio que obligaron a verificar los saltos del camino, le habían abierto el apetito. Lo ganaba aquel ambiente andaluz, y se sintió feliz cuando aparecieron en la mesa los platos todavía hirviendo, cocinados por la tía Josefa, tan condimentados y en sazón, que eran capaces de resucitar a un muerto.

Atacaron la comida y las botellas los tres, porque el cochero tenía también un puesto en la mesa, después de haber desenganchado los caballos y echarles un buen pienso.

—Sin embargo, a media comida, Aznar preguntó:

—¿Pero no viene el hombre de la estatua?

—Debe estar al llegar.

Fué lenta la comida; encendido por el vino, el vejete pelliczaba a la criada y le ofrecía una peseta cada vez que le cambiaba un plato. La chiquilla tomaba el dinero y se dejaba pelliczar de buen grado, como si fuese cosa a la que estaba acostumbrada.

—Si la oyera usted cantar—decía Cayetano.—Consuelillo tiene una voz de ángel, la llevan todas las Semanas Santas a Sevilla *pa* echarle *Saetas* a la *Macarena*, y todos se quedan maravillados. Es la *Patty*.

Al fin Cayetano se levantó.

—*Vaya enganchando*—dijo Aznar al cochero,—son ya las tres, y gastamos lo menos cuatro horas en llegar a Sevilla.

—*Voy a dar agua al ganado*.

Descargó el látigo sobre los chicuelos que rodeaban el coche, subiéndose por las ruedas y colgándose de la capota y de la lanza, y se dirigió al pilón para dar de beber a los caballos.

—¿El señor ha venido a algún negocio?—preguntó la voz de falsete del *Sarasa*.

Recordó el anticuario el secreto que le habían encargado, y repuso:

—¡Pes...!

—No crea que lo pregunto por mera curiosidad.

—Ya...

—Es que hay muchos pillos en el mundo...

El tono intencionado de su acento alarmó al anticuario.

—¿Conoce usted a Cayetano?

—¡Que si conozco al *Abogado*! Desde que era así...

Puso la mano a una cuarta del suelo.

Aznar no se atrevía a preguntarle. El otro se acercó mirando a todos lados. Los arrieros unos se habían ido y otros aparejaban las bestias. Estaban solos.

Le dijo misteriosamente:

—Si el señor no me descubriera...

—Le doy mi palabra.

—Cayetano es un buen hombre, pero el hambre... ¿Le ha dicho al señor que venga a comprar una estatua...?

—Pes...

—El señor lo ha creído.

—Pes...

—El señor ha venido...

—Y...

—Y la estatua no está.

—¿Cómo!

—Ahora vendrá diciendo que es preciso volver otro día... Luego al llegar a Sevilla le pedirá unas pesetas...

—Pero...

—Conozco el timo. Caen muchos primos, como el señor.

—¡Curro!—llamó desde dentro la voz de la ventera, como si temiese aquella afición de chismosearlo todo, de su marido.

Este se arrastró hacia el otro extremo de la pieza, y contestó desde allí con calma:

—¿Qué quieres, *mujé*?

Entretanto el cochero había ya enganchado los caballos y Cayetano no parecía.

Aznar estaba enfurecido, y se paseaba de un lado a otro, sin hacer caso de las señas que para rogarle que callara y no le comprometiera, le hacía el *Sarasa*.

En esto llegó Cayetano, parecía más ensanchado y contento, andaba despacio, como si le pesara la barriga, con una cara compungida, que exasperó a Aznar.

—¿Y el hombre de la estatua?—preguntó.

—Hemos hecho un viaje en balde. Ayer

cuando le envié el aviso ya había salido para un pueblecillo vecino. Pero le he dicho a la mujer...

—Que es preciso volver, ¿no es eso?

—Claro...

—Y ahora nos vamos, y en llegando a Sevilla, usted me pide unas pesetas.

—Caballero, por Dios—exclamó el *Sarasa*.

—Y luego..., lo de siempre, siguió el anticuario—. ¿Se cree usted que no sé el juego?

—Si le he dicho alguna infamia de mí. Yo no he despegado los labios...—decía el *Sarasa*, con una precipitación acusadora.

Pero Aznar estaba fuera de sí.

—Le voy a romper el alma por canalla, sin vergüenza—exclamaba—. ¿Te crees que se puede hacer así perder el tiempo a un hombre, y tenerlo todo el día de viaje, gastando de esta manera? ¡Miserable!

El hombre retrocedía asustado y humilde.

—Ese pago me va usted a dar, don José, cuando todo lo que he hecho ha sido por interés de usted.

—¿Por interés mío?

—Sí, señor; yo lo conozco bien. Es usted un hombre que trabaja mucho..., está usted pálido..., desmejorado..., si sigue usted así cae..., la salud se pierde en una hora, y luego para recobrarla...

—¿Pero qué estás diciendo ahí, estás borracho?

—No, señor, no..., es la pura verdad... Yo veía que usted no estaba bueno..., y yo le dicho, ¿qué podría yo hacer por este hombre? Y lo mejor que me ha parecido, ha sido que diera este paseito, que se distraiga un día y respire el aire.

El anticuario avanzó con el bastón alzado. El otro retrocedía.

—Lo he hecho por bien de usted—repetía...—porque usted se reponga, bien lo sabe Dios... Es usted tan simpático, que le he *tomao* ley. *Mielas aquí jurás*.

Besaba la cruz de su pulgar sobre su índice.

Aznar, loco de furor, descargó un palo, que el hombre evitó hábilmente. *Sarasa* chillaba como una gallina clueca; la mujer permanecía impassible, apoyada en el marco de la puerta. Allá adentro tensan bastante con sus pendencias, y no se preocupaban de acudir. El cochero quiso interponerse, pero el *Abogado* se adelantó sin perder la calma:

—Pegue usted... Lo que usted quiera... Haga lo que quiera de mí... Es usted el cuchillo y yo soy la carne, corte por donde quiera...

El furor del anticuario cedía al miedo del escándalo. Los chiquillos habían formado un grupo, y poco a poco iban apareciendo curiosos.

Tiró un billete para pagar el gasto, y cuando le fueron a dar la vuelta, exclamó:

—Para Consuelillo.

Subió en el coche. Cayetano se acercó:

—¿Y me va usted a dejar aquí? ¿No va a tener caridad de mí? ¡Del susto de mí pobre mujer y de mis hijitos cuando no me vean esta noche!

—Arrea, cochero, que este hombre me va a hacer cometer un desacierto.

Entonces la actitud de Cayetano cambió,

tomó un aire más picudo, más cortante, más afilado, como si hubiera crecido, y exclamó, a tiempo de partir el coche:

—No se incomode usted así, que le va a hacer daño, y es lástima.

Cuando lo perdió de vista, se encogió de hombros con gesto de cómica resignación.

—Después de todo, hemos comido un arroz que daba la hora. ¡Que me quiten lo *baillao*!

* * *

Los veranos eran épocas de descanso y diversión, para aquel comercio, el cual, a pesar de las dificultades y las preocupaciones, daba la impresión de que se ganaba el dinero sin trabajar.

Con la salida de la gente rica de las grandes capitales, la venta languidecía. Los anticuarios sacaban apenas de sus ventas corrientes e insignificantes para costear los gastos de las tiendas. Muchos suspendían el comercio para dedicarse al descanso, y otros seguían detrás de los millonarios a las playas de moda, para hacer la plaza y costear su veraneo.

Ya habían recorrido, en años sucesivos, todas las costas francesas, la costa de oro, la costa de plata, la costa de azul. Habían estado en las estaciones de moda, Aix-lé-Bain; los Altos Pirineos, Dijon, Vichy. Lo que más resultados prácticos les daba, eran Trouville y Etretat.

Bien es verdad que para ellos era muy difícil en esas excursiones obtener grandes ventajas, a causa del exceso de gastos. Adelina viajaba, no sólo con el género y los dependientes necesarios, sino que llevaba en pos suyo a su madre, a sus hijas y a las criadas. Ella no sabía vivir sin sus hijos. Tenía esa maternidad española, llena de ternura y de pasión, y no podía ser feliz sin tenerlos a todos bajo el ala, con regodeo de clueca.

Les había costado gran trabajo poder establecerse con la familia en Trouville, donde todas las habitaciones estaban tomadas con anticipación, y donde no se podía pensar en hoteles, dado lo exorbitante de sus precios, sobre todo durante la Gran Semana. El Normandía Hotel y todos aquellos hoteles, hipócritamente disfrazados de granja normanda, con sus ventanas cubiertas de cortinillas de grandes cuadros, recogidas por un lazo en el centro, y las enredaderas cubriendo la fachada, eran hoteles de príncipes, donde cada huésped parecía un soberano disfrazado.

La alegría de las niñas, contentas de aquel veraneo, que sólo las gentes muy acaudaladas podían permitirse, ponía un fondo de risas, de comentarios alegres, que enfloraba y rejuvenecía la tiendecita, donde era increíble que cupiesen tantas cosas en tan poco espacio.

En verdad era deliciosa la estancia en Trouville, con su playa extensa, salvaje, bravía; aquel océano, al que los marineros

llamaban el *Mar bestia*, siempre encrespado y poderoso. El paseo a la orilla de la playa, a lo largo de la ribera de magníficos palacios-hoteles, tenía una grandeza majestuosa. Rivalizaba con ella la graciosa coquetería de aquel otro pueblecillo que acababa de nacer a su lado, en el recodo de la bahía, de manera que los dos casinos quedaban frente a frente, como dos adversarios que se preparan a comenzar el duelo.

Llegaban las flores hasta el agua que bañaba tablas de azucenas y geranios; los pinos marítimos y los bojcs quedaban dentro de las olas en las altas mareas. Era la *Playa Florida*, donde las elegantes tomaban el té dentro del baño, en mesitas portátiles y preparadas con esas cuadrículas que sostienen la vajilla en los comedores de los barcos los días de temporal, y reciben el poético nombre de *violines*.

Era allí donde Fabián sentía deseos de decir que era el Duque de Osuna o el Conde de Lemos, pero ni siquiera podría lucir una condecoración, porque la única que tenía, de Caballero del Águila Negra, era alemana. Y él sabía lo mal visto que estaba lo alemán en Francia. ¡La hubiera cambiado con tanto gusto por la Legión de Honor! Tenía un lote entero de condecoraciones, pero no se atrevía a usarlas. Las había comprado a un prendero, y a veces se complacía en revolver aquellas placas, cruces, medallas y lazos, que habrían pertenecido a nobles y linajudos personajes, con el deseo de poder-selas poner todas.

Saturio había dispuesto la tienda, especie de exposición al aire libre, por la que tenían que pasar todas las *bañistas*, y Fabián admiraba las magníficas ventas que había hecho su dependiente.

¡Estaban echando fuera un magnífico verano!, pero Saturio enfriaba su entusiasmo, con su aire de gran señor y su indiferencia.

—¡Bah!, ¿qué vale todo esto? Hay que estar trabajando todo el día para mal vivir y no descansar jamás. Lo bueno sería una de esas compras, de esas sustituciones, que sacan a uno de apuros, y permiten darle un puntapié al negocio, y no servir más al público.

—Eso es el ideal, amigo Saturio—respondía Fabián,—pero no está en nuestras manos el realizarlo.

El hombre escuálido se erguía como hoja de espada desnuda, y respondía con fiereza.

—¡Querer es poder! ¡Todo el que busca encuentra!

Después de una de aquellas conversaciones, Fabián volvía de malhumor a Trouville; le molestaba la pequeñez de la tienda; se desesperaba de ver a Adelina pálida, cansada, sin poder ocuparse de nada más que de las tareas del negocio.

Una noche Fabián dijo:

—¿Sabes? Es curioso. Saturio ha encontrado un inglés millonario, al que ha contagiado de su manía de poseer una joya fina, y le ha encargado de buscarla.

—¿Qué es lo que prefiere?

—Los buenos cuadros auténticos.

—Es lo más difícil.

—Me ha dicho que daría sin dolo tres o cuatro millones por una Virgen del Beato Angélico...

Suspiró ella, y dijo:

—¡Un imposible!

—¡Quién sabe!

—¿Cómo?

—Saturio conoce mucho Italia; sabe dónde están las tablas famosas. Dice que es capaz de conseguir una venta, una sustitución, como la que hicimos en aquella catedral española con la Magdalena.

—¿Pero quién sería capaz de pintar esa Virgen?

—Medrano, no lo dudes, tiene un talento enorme.

—Para una cosa así se necesita disponer de más dinero en efectivo del que nosotros tenemos.

—Haremos entrar a Huquet en el negocio.

—No nos exponemos demasiado?

—No nos cogerían. Saturio es el único responsable... habrá que darle una buena parte, pero así y todo siempre nos quedaría más de un millón... La única manera de lograr la fortuna es arriesgarse en estas empresas grandes.

—¡Es verdad!

—Y en seguida dejar el negocio, a no pelear más con obreros restauradores y los parroquianos, y a vivir en paz y en gracia de Dios, sin estos afanes y estas tareas, que nos están quitando la vida.

Desde la vuelta de aquel veraneo, los dos esposos habían cambiado. No era ya Adelina la mujer serena, tranquila, satisfecha; ni Fabián el hombre alegre, despreocupado y contento. El haber encontrado comprador para el cuadro extraordinario, aquella cifra de millones que despertó su ambición, los tenía inquietos, desasosegados. Se disgustaban de su comercio, que les parecía mezquino, a pesar de las excelentes ganancias realizadas, que ya les habían permitido colocarse entre los anticuarios más ricos de París.

Fabián se había unido a Huquet para hacer juntos el negocio de la tabla de Fray Angélico, que esperaba ya mister Boik con impaciencia.

No se habían atrevido a ir ellos mismos a Italia; tenían mucho que perder para exponerse a que les echasen mano si el asunto se descubría. Era Saturio el que conducía el negocio, con tan gran acierto, que contaba con la complicidad del Abad de aquel antiguo monasterio de la Toscana donde estaba el cuadro, catalogado y reseñado en el Vasari.

Adelina, más desconfiada, hizo el viaje a Italia, y pudo admirar la magnífica pintura, colocada en el altar y medio velada entre cortinajes y flores.

Costaba medio millón la complacencia del fraile, que se comprometía a la sustitución de la Virgen apócrifa por la verdadera, a con-

dición de que la copia estuviese lo suficientemente bien imitada.

Saturio recibía en París cartas del Abad, con el timbre del monasterio, en las que hablaba del asunto con las frases convenientes, impenetrables para el no iniciado. Se veía en aquellas cartas la probidad de Saturio, que no se había quedado con nada para él, contentándose con su comisión, modesta en relación al servicio y a las responsabilidades que asumía. Había regateado franco a franco, velando por los intereses de los anticuarios, como por los propios.

Medrano tenía el encargo de hacer la copia y traerla a París. Se había llevado a Italia consigo a su mujer y a sus hijos, y para prolongar su estancia, se esmeraba en no dejar un detalle sin consignar. Su imitación era tan perfecta como las hechas por Antonio Sasso, o por cualquiera de los más fieles discípulos de Fray Angélico: Renozo Florentino, su mejor imitador; Gentile da Fabriano, Domenico de Michelino o Jacobi Strozzi, del que era la tabla colocada al lado de la del maestro en Santa María la Nueva, de Florencia, y que llegaba a confundirse con ella.

Medrano pintaba el Fray Angélico maravillosamente. Aparte la mayor cruceza de los colores nuevos, era exacta la semejanza. Con su temperamento sensitivo había sabido imitar aquel ser andrógino, que era la Virgen, llena de un sensualismo de impúbber, con la carne de nácar-mate y apasionada, entre los ropajes celestiales, en los que se perdía y se inmaterializaba el cuerpo, reconcentrando toda la sensualidad en los senos nacientes y estremecidos, que se adivinaban bajo la tela que le cubría el descote.

El áncel era un efebo triunfante, un iniciador que gozaba en la confusión de la doncella, y los lirios blancos, las azucenas y los nardos resaltaban de aquel azul ultramar limpio y brillante, como estrellas blancas sobre el fondo de un cielo celeste y ponían en el conjunto la brillantez de las estrellas. Resultaba bien interpretado el cuadro de sensualidad mística del monje de Fiesoli.

Estaba pintado sobre aquella madera carcomida y apollada, de manera que en el anverso del cuadro se veía la huella de los siglos. Una vez matado el brillo de la pintura moderna, en la cual se había tenido en cuenta la composición de los colores que narra Vasari, y después de colocada la pintura en su marco verdadero, en el altar, nadie podría, sin ser un gran experto, conocer la sustitución. El mismo mister Boik estaba admirado, y declaraba que sólo él no podía equivocarse en una imitación tan perfecta. Medrano presenció la venta de su cuadro al inglés, sin poder sospechar lo que se tramaba, contento de la recompensa y del trabajo constante que le daba Huquet.

Después de hecha la comedia, Saturio volvió a llevarse el cuadro a Italia, y a los pocos días recibieron carta anunciándoles su llegada a Florencia.

Estaban inquietos, desasosegados, nerviosos, durante los muchos días que pasaron sin recibir más noticias, hasta que una simple

jarjeta, fechada en Bolonia, les anunciaba "haber llegado felizmente a aquella ciudad con todo el equipaje". Era indudable que la sustitución estaba hecha a la sordina, en secreto, sin que nadie se enterase; una de tantas sustituciones como quedan ignoradas para siempre. Había una más de esas imágenes célebres ante las que fantasean críticos y literatos, sin sospechar de su autenticidad.

Quedaba sólo que pasase la frontera italiana la imagen fugitiva, y su fortuna estaba hecha. Entre los proyectos nuevos a que su mayor riqueza les permitía entregarse estaba siempre el buscar mayor suma de tranquilidad y de reposo. No aperearse tanto para ganar unos francos.

Al fin regresó Saturio, después de estar durante tres semanas sin dar señales de vida, después de la carta de Bolonia. Había tenido recelos y dificultades al pasar la frontera y había hecho un viaje costosísimo: de Venecia a Trieste, y luego, por Constanza, a Basilea y a París. Tres fronteras con la preciosa carga oculta en el doble fondo del enorme baúl mudo, del que nadie había sospechado.

Fue un acto solemne el de desembalar el cuadro, que llevaron a cabo ellos solos Miraban con avidez, deseosos de ver aparecer el color, de desembarazar de todos sus envoltorios a la preciosa tabla, de cerciorarse de que no había sufrido nada en el viaje.

Saturio amenizaba el trabajo contando las aventuras. La escena de la sustitución en la iglesia, una escena macabra en medio de la noche; parecía que los santos iban a protestar, que se iban a lanzar a defender a la Virgen. Había caído un candelabro, y el ruido les había hecho huir y estar más de una hora sin volver, abandonando la tabla falsa.

Se hubiera creído que por un milagro había dos Vírgenes iguales en la iglesia.

Luego las peripicias de embalar el cuadro, el miedo a despertar sospechas el viaje teniendo que facturar aquel baúl, del que no quería separarse, y que le hacía subir a veces, como un ratero, al furgón de equipajes.

Al fin estaba allí. Se extasiaban ante ella. Comprendían entonces lo bien imitada que estaba la Virgen de Medrano, aunque a sus ojos habituados, resaltaba el mérito de la auténtica. La tabla estaba más carcomida, tenía tonos más oscuros; en la pintura se hallaban otros detalles; una pátina especial, opaca, que no perjudicaba a la brillantez del azul. Se notaba más la especie de resquebrajamiento de la capa de color, algunas partes, un poco empañadas; una ligera veladura más acentuada en los ropajes; menos crudo el blanco de las azucenas, más limpio el contraste de las estrellas y del azul y más triunfadores los senos.

Eran detalles que no se comprenderían sin la reciente comparación; que no advertiría nadie en el otro cuadro puesto en el altar oscuro, entre cortinas, luces y flores y bajo la salvaguarda de los monjes. Se indignaban de la felonía del abad que los había servido.

Todos los asuntos eran para Saturio, para el gran hombre sospechado que había en él. ¡Oh, si no hubiera tratados internacionales! Con qué alegría, con qué orgullo hubiesen

expuesto aquella obra maestra en su escaparate; cómo hubiera lucido aquel pedazo de cielo azul estrellado de Italia bajo el cielo gris de París, en la media luz del boulevard; cómo la hubiesen hecho adorar por los artistas de Francia toda, en vez de tenerla que esconder sórdidamente hasta entregarla a mister Boik. Huquet, un poco atemorizado, no se atrevió a llevarla a su casa.

Colgaron la magnífica tabla en la pared en aquel almacén del segundo piso, entre los viejos muebles desvencijados, que parecían rejuvenecerse y alegrarse cerca de la dulce placidez de sus tonos blancos y azules.

No tuvieron reposo ni tranquilidad hasta el día que mister Boik se bebió su fray Angélico y depositaron en el banco el millón que, después de pagados todos los cómplices, les quedaba a ellos libre.

Con un desinterés admirable, Saturio se había contentado con veinte mil francos para ir a buscar a su mujer.

Lo veían irse con pena, por su utilidad, pero contentos de no tener presente a su cómplice. Era indudable que aquella sustitución quedaría desconocida siempre, o, a lo menos, que ellos no serían inquietados. Saturio había tomado bien sus medidas y les aseguraba la impunidad. Se la aseguraba con razón, porque sólo él sabía que la tabla vendida a mister Boik era la pintada por Medrano, hábilmente retocada en Italia para darle el carácter de antigüedad. El abate del monasterio de Fiesoli, donde estaba el maravilloso fray Angélico, no tenía noticias de la fábula tejida a su alrededor. Era Saturio el que por pasear la copia de Medrano se había embolsado el medio millón de la venta.

No sentía remordimiento por eso. Se indignaba con la idea de que aquella gente, que nada había hecho, le pasase a él una tan mezuquina cantidad, en el supuesto de que hubiese prestado el servicio que creían.

Se iba tranquilamente a Italia, donde le esperaba su mujer, sirviendo de modelo a los pintores; desde allí se iban a Zaragoza, su tierra, y al lado de sus viejos padres, acabando su levenda de príncipe misterioso. Después de todo, la Virgen pintada por Medrano valía tanto como la otra.

—En arte, es todo cuestión de ilusión... — pensaba —; y para ellos...

Sentía un desprecio profundo por los otros, desprecio de ser inteligente, desprecio de engañador a los engañados.

* * *

Ahora, Fabián y Adelina, ya solos, estaban ante su gran problema. Tenían que cumplirse las promesas que se habían hecho a sí mismos. Las niñas y Enrique tenían idea de que había sucedido algo que redondeaba su fortuna y les permitía dejar la existencia monótona del almacén, irse a España y empezar una vida nueva.

¿Cómo se podría liquidar una tienda de antigüedades? No era posible ir vendiendo sin comprar hasta consumir las existencias; no

se defenderían así los gastos. Un traspaso era imposible en aquel comercio en el que las cosas tenían un valor de ocasión que marcaba el capricho del comprador.

Y, sin embargo, tenían que decidirse. Era aquel el momento; entonces, o nunca.

Huquet vió con un placer disimulado la retirada del único anticuario que amenazaba ser su rival, y se apresuró a facilitarle el medio. El se quedaba con un inventario de todo, y se iría vendiendo por su valor.

Entonces empezó la tarea de hacer el inventario. Una inmensa tristeza invadía a los dos esposos. Miraban con melancolía su casa, su tienda. ¿Dónde podían estar mejor que allí? ¿Qué salón más decorado, más renovado que aquel?

¿Sería tan aburrida la vida sin ocuparse de nada, sin aquel interés de sus compras, de sus ventas, que se convertían en juegos de inteligencia! Ellos no recurrían a nadie, era un comercio distinguido, de ricos, de artistas.

Adelina pasaba la mano, como en una tierra caricia de despedida, por las curvas deliciosas de sus estatuas y la suavidad de sus porcelanas. Había apartado muchas joyas, muchos marfiles labrados, Cristos de los primeros siglos, clavados con cuatro clavos, Virgenes bizantinas de plata repujada, cristalería de Bohemia y de Venecia... Cuando todas aquellas cosas se las llevaba un comprador ella no se enternece de ese modo; las veía ir indiferente y contenta, como si hubiesen seruido siendo suyas al cumplir su destino; pero al dejarlas así era como si las perdiese.

Fabián sentía lo mismo que ella; tenía su preferencia por las armas; aquellos puñales adamasados, acuchas maravillosas esnadas, brujidas con dramáticas o bizarras inscripciones. llenaban sus almacenes, y tenía que contentarse con elegir algunas para hacerse una pequeña panoplia, que conservaría siempre las mismas.

Pero ninguno de los dos se atrevía a decir al otro lo que pensaba. Era como si el proyecto que formaron sobre el porvenir tuviese una fuerza que los dominaba, que se había de cumplir de un modo fatal.

Una vez listo todo, se convino con Huquet que al día siguiente empezaría la entrega. Ya tenían los letreros que se habían de colocar en la puerta y en los escaparates avisando al público la causa de no estar abierta la tienda.

La comida fue aquel día triste y silenciosa. Ni doña Nieves, ni Enrique, ni las niñas mostraban ya tanto entusiasmo por ir a España. La vida anterior a que querían volver no era ya su vida. Su vida era la de ahora. No podían volver ya a unas costumbres estrechas, después de estar iniciados en las de otro mundo más amplio, más brillante y más libre.

Se daban cuenta del error y la responsabilidad que entrañaba forzar así la vida; era cortar de un hachazo su curso y hacerle tomar nuevos derroteros en capricho, no por su evolución lógica y natural.

Acostados en su mullida cama, bajo su suntuosa colcha de damasco, ninguno de los dos podía dormir; pero en lugar de buscar

se, como otras veces, de hablar, de cambiar proyectos, de aconsejarse para vencer dificultades, los dos fingían estar dormidos espalda con espalda.

El estaba disgustado, anonadado. No tenía voluntad para oponerse a la corriente que lo empujaba. Era como un hombre que ha caído en un río, y la corriente se lo lleva. ¿Por qué Adelina, que estaba en la orilla, que siempre había estado en la orilla, no le tendía la mano? ¿Por qué no desplegaba aquella voluntad que desde los comienzos había tenido, y con la que lo había creado todo? ¿No había dirigido siempre? ¿... se entregaba así ahora a la fatalidad?

Sin duda había algo en el destino más fuerte que ellos, algo que le sujetaba la lengua, impidiéndole hablar claramente con su mujer y le hacía permanecer así, silencioso, inmóvil, atormentado.

Ella se indignaba también. Era incomprendible lo que sucedía. ¿Por qué Fabián y toda la familia la habían de empujar de aquel modo por el camino de lo absurdo? ¿Qué fuerza misteriosa la dominaba para dejarse llevar? La fatalidad no era una cosa substantiva; era una negación, a la que sólo la falta de voluntad daba cuerpo.

Tenía, en su claridad de inteligencia, la idea del papel mediocre que fuera de su sociedad de anticuarios iban a representar. Dentro de ella figuraban como los magnates, los potentados; tenía la consideración y el halago de su mundo; porque aquél era su mundo, el que ellos se habían creado en tantos años de trabajo, y al que iban a dejar imprudentemente cuando ya lo habían consolidado, en el momento en que ya no se tiene edad a propósito, ni hay tiempo bastante para rehacer la vida.

En otra sociedad serían como unos instruosos, a los que muchos se complacerían en humillar. Harían el papel de nuevos ricos; los parientes nobles de Fabián no les perdonarían jamás el haber sido anticuarios. Para todas aquellas gentes orgullosas y vanas seguirían siendo los anticuarios, los anticuarios ya sin antigüedades. Había un peligro en querer ascender un grado en la sociedad; la aristocracia, y la clase media, con humo de aristocracia, se gozarían en humillarlos, en colocarlos en una situación inferior.

Se encontraría ya siempre descentrada, con esa nostalgia del marino que abandonó su barco. Tenía hacia su tiendecita un amor de marino a las tablas del camarote que le sirve de refugio en las tempestades. Su tienda era

su barco, su camarote, el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida.

Oía al marido despierto, no la podía engañar; ella conocía bien su respiración de dormido. Comprendía el anhelo que había en él, y que no se atrevía a comunicarle, como ella no se atrevía a hablarle tampoco.

Ya dentro de pocas horas, la cosa no tendría remedio; bien mirado, no lo tenía ya, sino apelando a recursos violentos.

La familia no la inquietaba. Cuestión de mandar a su madre y a las niñas con Enrique unos meses a España para que volviesen a casa con ganas de estar otra vez en París.

Lo peor era Huquet; ¿qué diría de su falta de formalidad? El reloj daba lentamente las siete de la mañana. Las contó, como había contado todas las horas y todas las medias horas en aquella terrible noche de insomnio.

¿Qué dijese lo que quisiera! Dio un salto en el lecho y comenzó a vestirse apresurada. Entonces, como si conociese su intención, se revolvió Fabián, preguntando con la voz queda y torpe del que desea fingirse adormido:

—¿Dónde vas?

—¡A abrir la tienda!—repuso ella con decisión.

Entonces la voz de él tomó fuerza y alegría.

—Rompe los letreros...

—Ahora mismo.

Se acercó al borde de la cama a medio vestir, él se incorporó, y se unieron en un abrazo, lleno de sensualidad y de alegría. Un abrazo que equivalía a un juramento y a una promesa, un abrazo en el que la palpitación del contacto de sus carnes les explicaba la semejanza y la conformidad de las ideas que los habían atormentado y los confirmaba en su decisión.

Su profesión había impreso en ellos carácter. Eran anticuarios, anticuarios para siempre; no podían dejar de serlo. Su corazón estaba pegado a su comercio; era imposible arrancarse a él sin una mutilación dolorosa y mortal.

Un beso fresco, amplio, de vida que empieza, los unió. En seguida ella acabó de abrocharse su vestido de prisa, y salió de la alcoba contenta, sonando las llaves en su manecita pequeña y gordezuela y gritando con voz alegre:

—¡Arriba, Enrique! ¡Arriba, Fabián, que es tarde! ¡Voy a abrir la tienda!!

Carmen de Burgos «Colombine»

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires a Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabana, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábricos a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas se señalan y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y parreros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA BUENHA OPORTUNIDAD



NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y único en el mundo, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. No produce estreñimiento y lo suprime totalmente. Cura, así, el tacco como la falta de ácidos. No obliga al régimen lácteo y permite en breve plazo comer de todo, con digestión perfecta. No tiene sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.*

Frasco: 6 pesetas

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas



El docto profesor de la Facultad de Medicina de Cádiz y eminente médico, Doctor Enrique Rouquet, dice

Hace varios años que vengo utilizando el producto «Neutrácido Español» en mi clínica particular, habiendo obtenido en su empleo exitos maravillosos, en el tratamiento de los enfermos afectos de Hipertrofia, enfermedad de Reichmann, úlcera de estómago y duodeno, dilatación de estómago y atonía pilórica. Considero pues al «Neutrácido Español» como un medicamento originalísimo inofensivo, serio y digno de ser ensavado en las afecciones citadas.

Solicite Vd. al conecionario exclusivo

D. José Marín Galán, Arjona 4. — Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratis